



SERVICIO SECRETO

EL FUEGO EN LAS MANOS

a. rolcest



EL FUEGO EN LAS MANOS



A. ROLCEST

EL FUEGO EN LAS MANOS



Col. **SERVICIO**

SECRETO n.º 784

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 17878-1965

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto - 1965

© A. ROLCEST - 1965
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 4392/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

919 — Como reptiles.

En Colección BUFALO:

578 — El clan.

En Colección SERVICIO SECRETO:

774 — Cerco en el Vietnam.

En Colección CALIFORNIA:

443 — El último *sheriff*.

En Colección SALVAJE TEXAS:

468 — La sangre manda.

En Colección COLORADO:

393 — Buitres en la ruta.

En Colección KANSAS:

353 — Trofeos de coyote.

En Colección ASES DEL OESTE:

317 — El «Colt» dio la respuesta.

En Colección BRAVO OESTE:

136 — La lección del revólver.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

149 — Vendaval en Laos.

En Colección METRALLA:

58 — Las llaves del infierno.

CAPÍTULO PRIMERO

Al descender del avión, la bella mujer se dirigió con los demás pasajeros a la aduana.

Para muchos, en todos los aviones que llegaban al aeródromo, el instante de someter el equipaje a los ojos escrutadores y manos experimentadas de los aduaneros, tenía algo así como la angustiosa emoción de cuando el aparato acusaba la entrada en un «bache».

Pero en el rostro de la bella y joven viajera había un gesto de infantil alegría en el instante en que el oficial de aduanas abrió su maleta. Sus grandes ojos azules miraron confiados al empleado.

Las manos del oficial tantearon el fondo de la maleta y miró a la joven. Ni siquiera entonces ella se inmutó.

Junto al mostrador, en la fila de pasajeros, había un hombre de rostro vulgar, que vestía buena ropa. Para él no pasaba inadvertido nada de cuanto el oficial hacía.

La joven recibió una sonrisa del aduanero y fue autorizada a salir. El individuo de rostro vulgar sí parecía alterado. Por lo menos demostraba impaciencia.

Cuando le tocó el turno, mostró un maletín de cuero. Más que mirar lo que hacía el aduanero, observaba a la puerta por dónde había salido la joven.

Tras de ella, a un gesto del oficial, habían salido dos hombres que tenían traza de agentes. Y esto era lo que le preocupaba.

Una vez fue autorizado a salir, cogió el maletín todavía abierto y echó a correr.

Llegó al aparcamiento de taxis en el momento en que la joven subía en uno. Vio cómo el coche de alquiler arrancaba y enseguida, un automóvil particular echaba detrás. En él iban los dos hombres que tenían aire de agentes.

El individuo de rostro vulgar montó en un taxi. Y a los pocos minutos indicaba al conductor que se detuviera.

—Solo por unos momentos. He de hacer una llamada, en ese bar.

Por momentos estaba más nervioso. A la hora de introducir la moneda en el aparato, se le fue de los dedos.

Por fin consiguió conexión.

Desde el otro extremo del hilo, preguntaron:

—¿Diga?

—Con Stew. ¡Urgente!

—¿De parte de quién?

—De «Will Naipe».

—Espere.

—¡No se puede esperar! ¡Es urgente!

Segundos después una voz grave, calmosa, decía:

—Sin nombres... ¿Qué ocurre?

—¡Llegó!

—¿Qué más? ¿Pasó?

—Como usted decía... *demasiado bien*. La siguen dos «toros».

La voz grave y calmosa no se alteró.

—Bien. Regresa a casa.

El que telefoneaba desde el bar quedó desconcertado.

—Pero, ¿no ha comprendido?

—¡Sí! ¡Todo está previsto! Regresa a casa.

Y colgaron. «Will Naipe» hizo lo mismo, pero maquinalmente, como no comprendiendo la actitud del jefe.

Montó en el taxi y cuando llegaron a una céntrica avenida de Chicago, dio orden de detenerse. Pagó la cuenta y se dispuso a perderse entre la multitud de la acera, cuando el conductor lo llamó:

—¿Qué ocurre?

—Se deja esto —y le dio el maletín.

—¡Gracias! —pero dio la sensación de que emitía un gruñido.

Durante varios minutos estuvo caminando, oculto entre la gente, todavía confuso por la tranquilidad con que Stew Thom había encajado el aviso.

Se metió en un gran vestíbulo. El edificio era inmenso, con multitud de departamentos dedicados a oficinas de empresas.

Pocas veces iba adonde el jefe tenía su despacho, pero desde el primer día «Will Naipe» evitó salir del ascensor en la planta que le correspondía. Siempre salía cuando ya había rebasado el piso donde estaba el despacho, o cuando faltaba uno. Luego, en la escalera, hacía tiempo, para no tropezarse con alguien que hubiese subido con él en el ascensor.

Frente al despacho del jefe había una agencia turística. Por allí desfilaban los tipos más pintorescos: malabaristas, graciosos, animadoras de club...

En el momento en que «Will Naipe» iba a llamar en el despacho, la puerta de la agencia artística se abrió y apareció una mujer esbelta, de figura ondulante y provocativo busto.

El que figuraba como director de la agencia la acompañó hasta

la puerta.

—¿No me olvidará? —preguntó la mujer, descansando el peso del cuerpo sobre una sola pierna, para que la cadera quedara bien señalada.

—Me sería imposible... Tan pronto tenga lo que usted precisa, la llamaré.

«Will» no llamó a la puerta del despacho del jefe. Esperó a que la mujer se alejara, cimbreado, hasta el ascensor. Entonces «Will» y el agente artístico se miraron y se sonrieron.

—¿Ya de vuelta, «Will»?

—Ya ves... ¿De qué humor está el jefe?

El otro se encogió de hombros.

—Esta tarde debe estar muy ocupado, porque dos veces que he intentado hablar con él, la monada de la secretaria me ha negado la comunicación.

Hizo un gesto de despedida y el que figuraba como director de la agencia artística cerró la puerta. En realidad aquel departamento dependía también de Stew Thom.

«Will» llamó. Le abrió una joven muy atractiva. En el área de Stew Thom no podía haber gente desaliñada ni mujeres feas.

—Le está esperando —dijo la joven—. Ha tardado demasiado.

—He llamado casi desde el mismo aeródromo.

Después se arrepintió de haberlo dicho. A ella, que al fin y al cabo solo era una empleada, no tenía por qué darle explicaciones.

En el antedespacho estaba la secretaria. Era un cuerpo un poco más lleno que el de la joven que abrió la puerta. También muy atractiva.

Y se le había pegado el tono de mando del jefe.

—¿Ahora llegas? ¡Desde que llamaste! —y lo miró como si llegara empapado de agua y le estuviera encharcando la habitación.

«Will» hizo una mueca y miró la puerta en la que había un cartelito que indicaba que era el despacho del gerifalte.

Tocó con los nudillos. Para entonces la secretaria ya le había comunicado por el teléfono interior quién había llegado.

—¡Entra! —autorizó Stew.

Cuando «Will» abrió la puerta, Stew Thom se encontraba moviendo el estilete que servía de abre cartas. El sillón giratorio se movía tanto a la derecha como a la izquierda, impulsado por Stew.

El jefe no miraba al subordinado. Examinando el brillante instrumento, parecía meditar.

Era un tipo fornido, de quijadas cuadradas, cuello corto y robusto, y ojos negros.

—Telefoneé desde muy lejos... Luego parece que el taxista estuviera apostando a que llegaba a los semáforos cuando apareciera la luz roja.

Sin levantar la vista, Stew Thom preguntó:

—¿Nada más?

—Lo que ya le he dicho por teléfono. El oficial de aduanas apenas pudo disimular el efecto que le hacía encontrar que la maleta tenía doble fondo. No sé de dónde demonios la estúpida que la llevaba ha podido sacar fuerzas para mantenerse tranquila...

Ahora Stew levantó la mirada.

—Esa chica no tenía que disimular, porque nada sabía. En esto no nos mintió Elkin. Nos prometió un «pinchoncito inofensivo», y ha cumplido.

—¡Pero el oficial de aduanas la tenía localizada! ¡Y los dos agentes!

Stew Thom distendió los labios, mostrando tinos dientes blancos y fuertes. La risa no sonó.

—Elkin puede haberse equivocado, y en vez de un «pinchoncito», haber escogido a una gata de la policía. Esto ha sido una prueba... La chica, lo único que sabe, es que tiene que esperar en un determinado bar de la calle Treinta y Seis Este, a que acuda un señor de edad que preguntará al camarero, de manera que ella lo pueda oír: «¿No ha entrado aquí un chiquillo de unos quince años, rubio?...» Al salir el viejo ella le seguirá...

—Será Elkin.

Stew Thom volvió a mostrar los dientes y contestó:

—Debía ser... Pero ya ha recibido aviso de que el avión lleva retraso. A estas horas —y miró el reloj—: Exactamente dentro de tres minutos, un «viejo» con buenas piernas le sustituirá...

Eran las cinco menos tres minutos.

* * *

El que entró en el bar parecía viejo, vestía con desaliño y llevaba lentes.

—¿No ha entrado aquí un chiquillo de unos quince años, rubio?... Es mi nieto y lo busco.

—Aquí no ha entrado ningún chiquillo —contestó ásperamente el camarero, sin apenas mirarlo.

El viejo se había detenido en una mesa junto a la que estaba sentada la joven viajera. En el suelo tenía la maleta.

El rostro un poco infantil de la joven se animó. El «viejo» la

miró de reojo. Al encontrarse con los ojos de ella, hizo un leve guiño y salió del bar.

La joven liquidó la cuenta, cogió la maleta y salió. Ya el viejo se había alejado unos pasos.

Había varios coches aparcados. Uno mantenía la portezuela delantera entreabierta. Allí se metió el «viejo».

Momentos después fue abierta la portezuela posterior que daba a la acera, y entró la joven, con la maleta. Al cerrar ella la puerta, el «viejo» se volvió para forcejear y comprobar si quedaba bien cerrada.

Al volante había un hombre joven. Arrancó el coche. Momentos después, otro vehículo que se hallaba aparcado en el lado opuesto de la calle maniobró para cambiar de dirección y aceleró.

Ya había demasiada distancia entre el coche perseguido y el de los agentes. Muchos otros vehículos se interponían.

El coche en que iba la joven torció por una callejuela. De pronto se detuvo.

—¡Espere aquí! —dijo el «viejo».

Se apeó. Por el otro lado lo hizo el conductor. Cerca quedaba la entrada a una callejuela transversal. Con paso calmoso el conductor y el «viejo» se acercaron a la esquina. Daban la sensación de que trataban de orientarse.

Pero apenas doblar la esquina, echaron a correr, mientras corría, el «viejo» iba transformándose: desaparecieron los lentes, el sombrero, la peluca gris...

La muchacha estuvo unos momentos quieta en el asiento posterior del coche. Distraídamente apoyó una mano en el pomo de la portezuela. Notó que estaba como agarrotada, y presionó.

La callejuela tembló. El estruendo y el cuchillazo de viento de horno se expandió, rebotando en las paredes y lanzándose a las calles anchas.

El coche quedó destrozado, envuelto en llamas.

El gentío fue taponando las entradas a la callejuela. Coches patrulleros acudían sonando las sirenas.

Pero nadie pudo acercarse a la hoguera.

En el despacho de Stew Thom sonó el timbre del teléfono. Allí se encontraba todavía «Will Naípe».

Stew no descolgó el teléfono. El timbre sonó tres veces y cesó. Tras una pequeña pausa, volvió a tocar. Solamente dos veces.

Los dientes blancos y fuertes de Stew Thom empezaron a aparecer en la abertura que dejaban los labios. Tampoco ahora sonó la risa.

Miró el reloj: eran las cinco y quince.

—Tú te encargarás de Elkin —dijo Stew.

—Será fácil.

—Puede que no. Sabe demasiado y puede haber tomado precauciones. Él tiene confianza en ti... No quiero precipitaciones en este asunto. Él no sabe que vienes de Méjico. Dile que has estado en Florida de vacaciones, y hablad de pesca. Si te propone pasar el fin de semana pescando, acepta. Interesa que salga de la ciudad. Mientras tanto haremos un registro en su almacén.

«Will Naipe» lo miró decepcionado.

—Cuando salía para Méjico usted me dio a entender que Elkin iba a soltar toda la baraja. Por lo menos, los ases.

—No ha sido posible. Todavía tiene la confianza de algunos de la organización. Consideran que siendo Elkin el depositario de los libros y la «mercancía», ninguno de nosotros sentirá la tentación de erigirse en jefe absoluto.

Stew Thom dejó el sillón giratorio y con el estilete en la mano, se puso a pasear.

—¡Elkin es un maníaco! Él nunca ha ambicionado mando, ni riqueza, sino el tener la confianza de todos. El pobre diablo se ha conformado con que todos digan: «Que Elkin guarde las cosas». Es cierto que nunca ha fallado... pero hay que anticiparse a cualquiera de la organización. En muchas cabezas está la idea de apresar a Elkin y torturarlo, para que revele todos los escondites donde guarda la «mercancía».

Stew Thom se detuvo y lanzó el estilete contra la mesa. No lo clavó. El instrumento dio un mordisco a la fina madera y cayó al suelo.

—¡Yo me he anticipado! En los alrededores del bar donde se ha detenido esa mujer, había enlaces de la organización. Habrán podido ver el coche de los agentes... También los había en la salida del aeródromo.

«Will Naipe» volvió al gesto de admiración que habitualmente tenía ante el jefe.

—¿Los ha preparado contra Elkin?

—¿Por qué no? El día menos pensado nos podía fallar... Les he dado a entender que tenía informes alarmantes. Que la mujer que iba a pasar la «mercancía» esta vez, estaba en contacto con la policía. Que todo parecía ser una maniobra de Elkin, para que la policía lo prendiera y todos nosotros tembláramos. Sí, «Will». Eso lo he imaginado yo, pero estoy seguro de que Elkin lo ha pensado muchas veces. Se está haciendo viejo y se ha acostumbrado

demasiado a que todos depositen en él su confianza. Él debe de estar aburriéndose y algunas veces deseará poner a prueba la estimación en que todos lo tenemos. ¿Por qué no dejarse detener y que todos vayamos de cabeza, tocando resortes, para que al querido Elkin no le pase nada?

«Will Naipe» sacudió la cabeza, como queriendo desprenderse de algo que le estuviese cosquilleando en el cuero cabelludo.

—¡Y puede ser como usted dice, jefe! Elkin tiene esa vanidad. A mí me ha dicho muchas veces: «Tener la confianza de los que por naturaleza son desconfiados, es un pez que no está al alcance de cualquier pescador. Se necesitan años de paciencia, de buena fe, de lealtad...»

—¡Esa es su manía! Entrevístate con él esta misma tarde. Si salís esta noche para el fin de semana, mejor. Hazme saber a dónde vais... Y síguele la corriente en lo de la pesca. Que no piense en lo que deja aquí. Mientras tanto, haremos el registro. Y en el caso de que todo falle, convocaré una reunión y expondré la necesidad de que Elkin sea relevado. Pero esto será cuando vea que no hay otra salida. De lo contrario, si doy con las «cosas», recibirás un aviso... y Elkin no deberá regresar. Por eso no quiero que te precipites. ¿Entendido? Mientras no se encuentren los escondites, Elkin debe seguir con vida.

«Will Naipe» asintió, con movimientos de cabeza, los pulgares en la sobaquera del chaleco, una pierna sobre la otra, el cuerpo echado atrás.

Estaba satisfecho. Temió que el jefe lo recibiera de mala manera, y se encontraba con que le encomendaba una misión de la máxima confianza.

Sin darse cuenta, entró en la vanidad de Elkin: «Tener la confianza del jefe, no lo consiguen todos».

CAPÍTULO II

El rascacielos de la «Symzus Company», sociedad dedicada a ediciones de libros y revistas, se encontraba a aquellas horas a punto de acallar el tecleto de máquinas y soltar a la calle a un hormiguero de clientes y empleados.

La editorial ocupaba solamente dos plantas. Las otras estaban destinadas a viviendas, y a oficinas de otras empresas.

El inspector Weill, del Departamento Federal de Investigaciones, no tuvo que aguardar para ser recibido por Eile Symington, descendiente de uno de los fundadores de la compañía, y directora de una revista femenina dedicada a modas, belleza, deporte...

Claro que el inspector estaba autorizado a utilizar el pasillo que solamente usaban los empleados, para ir de una dependencia a otra.

Esto convenía que lo hiciera el policía, tanto por ganar tiempo como para evitar que miradas extrañas advirtieran que se relacionaba con la bella editora.

Eile Symington podía servir de ejemplo a las bellísimas modelos que posaban para la revista. Esbelta, rubia, de espléndidos ojos verdes, campeona de natación, destacada jugadora de tenis, y... verdaderamente temible cuando, sin dejar de sonreír, dejaba que a sus ojos traslucieran parte de su furia. Entonces lo mejor era escapar, porque sus manos sabían aplicar el remedio que según su criterio merecía el contrincante: el «atemis», el golpe a punto vital del organismo.

Para Eile no tenía secretos el jiu-jitsu. Y esto le había valido un sobrenombre de uno que, al fin y al cabo, no era más que un asalariado de la compañía.

Precisamente de ese empleado empezó a hablarle el inspector, apenas entrar:

—Eile, es preciso que Ken nos ayude, como usted lo hace. Es el hombre que necesitamos.

La joven frunció el ceño.

—¿No le estará usted dando demasiada importancia?

—¡Pero, Eile! ¡Usted sabe que hicimos juntos la campaña de Corea! En el Servicio de Inteligencia tuvimos momentos muy delicados. Y mientras la mayoría de los agentes sudábamos sangre, Ken no perdía la sonrisa. Es astuto, tiene don de gentes, se gana enseñuida la confianza de los más recelosos... ¡Le digo que es el

hombre que necesitamos!

La joven no perdía ocasión de dirigir algún sarcasmo a Ken Heyd, el director de las publicaciones policíacas.

—Usted debe estar influenciado por el recuerdo, Weill. El Ken de ahora dista mucho del que usted dice. Es un tipo apoltronado, que tiene a gala parecer cínico. Quizá en el fondo sea algo peor que un cínico: un desengañado. Por lo menos, yo me he dado cuenta que disfruta cuando hace trizas cualquier ideal.

El inspector movió los brazos, con impaciencia.

—Lo conozco demasiado, Eile. Esa impresión ya la daba entonces, quizá minutos antes de que se lanzase a un gran riesgo. Si yo le pido ahora que contribuya a que Ken se preste a colaborar, es porque no ignoro que usted puede manejarlo...

Ella lo interrumpió, rompiendo a reír.

—¡Sí que tiene usted vista! ¿Sabe cuántos empleados trabajan en esta compañía? Es todo un pueblo... Pues bien: en esta comunidad solo hay un gato y un perro.

—¡Tonterías! Ya sé que han discutido...

—Algo más.

—Conozco el incidente de su fiesta de cumpleaños. Ken siempre ha tenido la tendencia de olvidarse de todo ante una cara bonita...

—Yo le hice recordar el respeto que debía tenerme.

—Ken estaba bebido.

—¡No! Eso lo dijo él más tarde, para justificarse.

—No le quepa duda que estaba bebido... O que le guardó mucha consideración. Dejarse voltear por una mujer —el inspector Weill se puso a reír—, eso, para quien lo conozca...

Eile hizo un gesto irritado.

—¡Lo volteé, inspector! ¡Fue por los suelos y muchos de sus compañeros lo vieron! Fue a parar a un macizo del jardín... ¡Fue verdaderamente una fiesta!

Ahora reía Eile. El inspector movía la cabeza.

—En Japón se midió con buenos luchadores de judo, Eile.

La joven lo miró con sorpresa.

—Es la primera noticia que tengo... Pero de todas formas, ¿qué?

—Muchas veces esos encuentros no eran por mero ejercicio. Y Ken siempre salía bien librado.

A Eile la enfureció. Y el sobrenombre que Ken le había aplicado a raíz del incidente, acudió a su memoria, no como algo que la halagara, sino como una insoportable burla.

—¡Un día!... —empezó a decir, cuando sonó el teléfono.

La joven cogió el aparato. Y enseguida, mirando al inspector,

preguntó:

—¿Sabían que estaba usted aquí? Le llaman.

—¡Sí! —Se puso al aparato.

Durante unos momentos el rostro del inspector iba ensombreciéndose. Cuando dejó el teléfono, parecía abrumado.

—¿Qué ocurre?

—Acaban de matar a una muchacha. Han volado el coche en que viajaba.

Se calló, mirando a Eile, por momentos más deprimido.

—¿Qué piensa? —preguntó ella.

—Un día le pedí que me ayudara. Sus contactos con las altas esferas me han sido muy útiles... Pero me creo en el deber de decirle lo mismo que cuando solicité su cooperación: puede usted apartarse con toda libertad. Aún no es demasiado tarde.

Eile no prestó atención a lo que el inspector acababa de decir.

—¿Cómo ha ocurrido lo de esa muchacha? ¿Quién era?

—Lo que sabemos de ella es bien poco: que actuaba en un club nocturno en la capital de Méjico. Suponemos que con la promesa de buenos contratos la hicieron emprender el viaje a esta ciudad. Pero al tiempo que la joven tomaba el avión, recibimos informes de que su maleta de doble fondo traía cocaína. Montamos el servicio...

El inspector Weill se interrumpió, para pasarse un pañuelo por la cara.

—Pretendíamos dar con la conexión —prosiguió el policía—. Esa joven ha debido servir de cebo, ignoro si para burlarse de nosotros o para meter la zancadilla a algún jefe rival. Me marchó... Ya volveré otro día.

El inspector se encontraba ya en la puerta, cuando Eile preguntó:

—¿De veras le interesa que Ken colabore con usted?

—Sí, mucho.

Eile cogió un papel que tenía sobre la mesa.

—Ahora voy a verlo en su despacho... Para cierta irregularidad en la edición de un libro. Me encargo de controlar algunos departamentos, entre los que se encuentra el de Ken.

El inspector la miró con sorna:

—¿Ese trabajo se lo ha endosado la junta o lo ha solicitado usted de su padre?

Eile no quiso mentir.

—Hace tiempo que me encargo de supervisar las publicaciones de otros departamentos, pero siempre me resistí a pisar en el área de Ken. Ahora he cambiado de parecer. Con sus bromas y

palabrerías, en su sección no existía ya la misma disciplina que en todas las demás. Un ejemplo de lo que digo, es esto que voy a plantearle. Hay un libro en el que ya se ha gastado mucho dinero en publicidad, que debía estar en la calle hace más de dos semanas, y todavía no se ha terminado de imprimir... porque el autor no ha entregado el último capítulo. Le voy a dar un plazo a Ken para que resuelva esto...

—Si va a fastidiarlo, ¿cómo demonios espera usted que él escuche sus consejos para que colabore conmigo?

Eile sonrió enigmáticamente.

—Sé lo que me digo, inspector. ¿Tiene usted noticia de lo que Ken prometió la vez que fue a parar a un macizo del jardín?

—Que nunca más pisaría su finca.

Eile sonrió.

—Pronto lo citaré a usted en la finca para que hable con Ken.

—¡Ojalá lo consiga!

El policía se marchó. Eile utilizó el teléfono interior para decir:

—Anuncien al señor Heyd que espere en su despacho. Hay un asunto que tratar.

Al instante, Ken Heyd recibía el recado. Ya estaba poniéndose la chaqueta, dispuesto a marcharse.

Cuando recibió el aviso, sin cuidarse de cerrar el aparato, exclamó:

—¡Ya apareció «miss Samuray»!

Este era el apodo que la noche de marras le endosó Ken. La secretaria, situada en el otro despacho, estaba pintándose los labios, también dispuesta a marcharse. Al oír a Ken, soltó la carcajada.

En el despacho de Ken se oyó su risa, y bruscamente desconectó el aparato.

Enseguida volvió a abrirlo:

—Puede irse, Moy.

—Bien, señor Heyd.

Pero la secretaria estaba dispuesta a hacer tiempo hasta que llegara Eile. Tenía la impresión de que iban a ocurrir cosas, y no quería perderselas.

Ken, después de pasearse unos momentos, encendió un cigarrillo y se quedó parado frente a un ventanal, mirando las hileras de hormigas que formaban los coches en la profunda calle.

Era un tipo atlético, de pronunciado mentón, nariz recta y ojos castaños. Su ancha frente estaba ahora llena de pliegues. Eso era síntoma de mal humor.

La tarde había sido mala. Había despachado asuntos

desagradables y había tenido que opinar, personalmente, sobre un original que el propio autor le entregó unos días antes. Trató por todos los medios de que su fallo no resultara demasiado deprimente.

Pero el autor se revolvió y terminó insultándole. En otras circunstancias Ken lo hubiera tomado a chacota, o hubiera reaccionado violentamente.

Pero el autor dijo algo que lo dejó suspenso: «¡Usted quiere demostrarle a «alguien» que es el amo, y lo pago yo!»

Entonces recordó Ken que había accedido a dar la opinión personalmente, porque de la dirección le pidieron que se interesara muy *particularmente* de esa novela.

Seguramente ahora Eile, «como hija de papá», iba a pedirle explicaciones.

La oyó en el antedespacho hablando con la secretaria. Lo que Eile le decía a la pizpireta Moy era lo mismo que antes le dijo Ken: que se marchara.

—Sí, señorita Symington. El señor Heyd ya me ha autorizado a que me vaya —contestó la secretaria, poniendo en primer plano que lo que allí contaban eran las órdenes de su inmediato superior.

Eile esperó a que saliera. Solo cuando vio que se cerraba la puerta, llamó en la del despacho de Ken.

—Adelante —dijo él, sin moverse del ventanal.

Eile abrió y se lo encontró de espaldas.

—Es para una cuestión del trabajo... «señor» Heyd.

Ken se volvió, manteniendo los brazos cruzados, y contestó:

—Ya lo supongo. Otra clase de conversación no tendría objeto.

—Tenemos que hablar sobre cierta novela...

Eile se sentó, cabalgando una pierna sobre la otra. Su perfecta escultura, pulida por el deporte, quedaba bien marcada bajo el vestido. Las bien dibujadas piernas permanecían, una, quieta, con el pie afirmado en el suelo; la otra, moviéndose, como queriendo indicar que todo lo que Ken fuera a decir merecía puntapiés.

—¡Sobre cierta novela! —prorrumpió Ken—. ¡Si con eso se me ha sometido a una prueba, quiero que se me diga! ¡Venía recomendada por la dirección, pero imagino que era usted, la que me echaba el anzuelo! ¿Qué esperaba, que la aprobara, por congraciarme?

Eile sabía a qué se refería, pero creyó conveniente hacerse la despistada, para que luego, el segundo golpe surtiera más efecto.

—No sé a qué se refiere...

Ken sacó unos papeles de una carpeta.

—¡A esto! —se los entregó a Eile.

Después de mirarlos, dijo ella:

—Ya recuerdo.

—¿Quién pidió que me interesara muy «particularmente»?

—Papá... por indicación mía.

—¿Con qué fin?

—Quería poner de relieve ante los ojos de papá que usted es estrictamente justo. No hace caso de influencias...

—Eso procuro.

—Salvo algunas excepciones. Si hay algún sujeto que le cae en gracia... o por lo que sea se siente usted ligado a él, la cosa cambia.

En los ojos de Ken brillaba el sobrenombre: «¡Te la estás jugando, «miss Samuray»!»!

—Explíquese —dijo sordamente.

—Voy a hacerlo. De los talleres ha llegado este informe sobre la edición de la última novela de Barry Freid. Se ha gastado mucho dinero en propaganda... ¿Lo merecía?

—Toda novela de Barry Freid lo merece.

—¿Aunque sea mala?

—Cuando yo entré en la casa, Barry Freid ya era uno de los principales soportes en las ediciones policíacas. Ha dado mucho dinero a la compañía...

—En otros tiempos, no ahora.

Ken la miró con dureza.

—Barry Freid ha estado muy enfermo.

—Todos lo sabemos. Y tampoco ignoramos la causa de esa enfermedad.

—¡Usted solo sabe la parte menos importante! ¡Usted solo conoce lo que propalan sus enemigos: que es un hombre podrido por las drogas!

—¿Es que hay algo más?

Para no contestar, Ken apretó las mandíbulas. Volvió a situarse frente al ventanal y tras una pausa, preguntó:

—¿Eso es todo? ¿Viene a reprocharme que se gastara demasiado dinero en publicidad?

—¡No! —y Eile se puso de pie, furiosa—. ¡Vengo a que me diga por qué ese libro no está ya en la calle!

Ken se había vuelto de cara a ella, al oírla en plan de pelea. Mirándola, se mordió el labio inferior.

—Me crispa tener que darle explicaciones a usted... ¿No hubiera sido mejor que su padre interviniera esta sección?

—¡No! ¡He querido ser yo! Y vuelvo a preguntarle: «¿Qué impide

que ese libro esté en la calle?».

—Falta imprimir el último pliego.

—¿Y por qué?

—Barry Freid me va a enviar el original de un momento a otro.

Eile tiró con furia sobre la mesa los papeles que tenía en las manos.

—¿Desde cuándo se ha impreso en esta casa un libro sin tener el original completo? ¿Eso no es un trato de «favor»?

—¡No lo es! —contestó Ken—. Barry me entregó la novela completa... Luego...

—¿Qué?

—Me rogó que le devolviera el último capítulo. Quería darle otro desenlace. Ya el libro había entrado en máquina. Se lo dije y me prometió que en veinticuatro horas tendría el capítulo.

—¡Veinticuatro horas! ¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

Ken se encogió de hombros y se volvió de cara al ventanal.

—Si usted lo sabe tanto como yo, ¿por qué me lo pregunta?

—¡Quiero oírlo de su boca! ¡Quiero poner de relieve qué trato de favor dedica a un ser anormal...!

Ken giró rápido. Y saltó sobre ella.

—¡No me saques de quicio, muñeca! —teniéndola bien cogida de los hombros, la sacudió—. ¡Frena tu lengua!

Eile permanecía quieta, los ojos verdes encendidos, la cara levantada.

—¿Quieres que se repita lo del jardín? —preguntó, pasando a un tuteo que era todo hostilidad.

—¡Inténtalo, «miss Samuray»! ¡Venga uno de tus golpes maestros!

Estuvieron mirándose al centro de los ojos. Ninguno de los dos respiraba.

Ken la soltó y se volvió de espaldas.

—Te he hecho el juego... Has venido con el propósito de que perdiera los estribos.

Eile se recobró enseguida. Durante unos segundos había sentido la emoción de bordear un abismo.

Reaccionó adoptando una actitud burlona.

—¿Para fastidiarte solamente crees que pierdo mi tiempo? Te das demasiada importancia, Ken... Estoy aquí porque tengo la obligación de cuidar de los intereses de la compañía. Debo saber por qué ese original que falta...

—¡No doy con Barry! ¡He recorrido todos los antros de Chicago! ¡Ese ha sido mi descanso durante estas dos semanas!

—Quizá esté en el hospital de narcómanos...

Ken movió la cabeza, rechazando.

—Ya lo he buscado... Además de que sé que Barry ya no hará nada por curarse.

Eile consultó el reloj.

—En conclusión: ¿Cuánto habrá que esperar?

—No sé... La casa nada perderá con que esa novela se retrase. Habrá mayor expectación, si a su debido tiempo hacemos que la Prensa comente que Barry Freid se tritura los sesos buscando el final. Esa propaganda se ha utilizado otras veces, sin responder, como ahora, a una verdad.

Eile creyó conveniente adoptar una actitud conciliadora.

—Veré de convencer a la dirección. Dispones de unos cuantos días para dar con Barry. Digamos... hasta mediados de la semana que viene.

—Da lo mismo. En el momento en que menos lo imagine, Barry Freid aparecerá con sus cuartillas.

—Mejor para todos si durante la próxima semana queda resuelto. De lo contrario, tú tendrás que encargarte de escribir el final. ¿Acaso no lo recuerdas?

—Muy vagamente... Pero eso es lo de menos. Es que mientras no tenga noticia de lo que le ha podido ocurrir a Barry, será faltar a la promesa que le hice de esperar.

—Ya has esperado demasiado. Creo que harías bien utilizando este fin de semana escribiendo ese capítulo.

Estaban a jueves. Ken se animó.

—Quizá lo haga. Si de hoy a mañana no doy con él, me encerraré en mi cuarto, leeré cuanto hay impreso y le procuraré un final.

Eile sonrió, irónica.

—Y el lunes que aparezca Barry, con sus cuartillas. ¿Qué harías entonces?

Él la miró como queriendo fulminarla.

—Eso te divertiría, ¿verdad? Pues prefiero hacer un trabajo en vano, a que tú tengas que interceder en la dirección para que me concedan una tregua.

—Ya lo suponía. Pero allá tú con las consecuencias si luego aparece Barry, cuando el libro ya esté en la calle, y nos demanda.

Ken apretó las mandíbulas para ahogar una maldición. Enseguida, haciendo esfuerzos por calmarse, se acercó a Eile.

—Bien, «miss Samuray»: Otra vez me has zarandeado. Si espero, mal; y si echo por la calle del medio, peor... ¿Solo te propones

sulfurarme?

Ella se echó a reír.

—No dramatices... Tienes los nervios deshechos. Este final de semana... podías pasarlo en nuestra finca. Asistirán los jefes de otros departamentos, además de algunos personajes de las finanzas, con sus familias. Habrá señoritas propicias al «abordaje». Estoy convencida de que les encantará tu «estilo» —y como Ken frunció el ceño, preguntó—: ¿También con esta invitación te molesto?

—Sabes que sí.

—Ya. Prometiste que no volverías a pisar nuestra finca. ¡Qué tontería!

Se dirigió a la puerta. Durante unos instantes Ken pudo admirar impunemente su sugestiva figura. Ya con la mano en el pomo de la puerta, Eile se volvió, sonriendo.

—Y sin embargo, Ken... tú vendrás a nuestra finca, no más tarde del próximo domingo. Lo tenía decidido para el otro, pero ahora va a ser este.

—¿Acaso desde arriba van a darme una orden? —replicó Ken, con ironía—. Me haría el sordo.

—Tú mismo decidirás venir.

Le dirigió una divertida mirada y salió. Cuando la puerta estuvo cerrada, Ken se cruzó de brazos y se quedó mirando la mesa de trabajo.

—¿Por qué demonios sigo en esta casa?

Pero enseguida reconoció que de no ser por «miss Samuray», la «Symzus Company» era un sitio de trabajo inmejorable.

Después de pensar unos momentos, exclamó:

—¡Sí! El señor Symington es muy comprensivo y sé que ha tenido discusiones con su hija, por entrometerse en asuntos que no le incumben. ¿Si consiguiera de él que «miss Samuray» no se metiera en mi departamento?...

Ya a punto de salir encendió un cigarrillo.

—Lo intentaré.

No ignoraba que cuando se lo proponía sabía convencer al más reacio.

Abrió la puerta y en el antedespacho, vio a un hombre que se hallaba de espaldas, atisbando al pasillo. Rápidamente se volvió.

—¡Elkin! ¿Qué hace usted aquí? —preguntó Ken, sorprendido.

CAPÍTULO III

Elkin era un hombre de mediana talla, cabello gris, y rostro amable. Parecía un prototipo del hombre metódico, que encerrado en una oficina repleta de legajos, todo lo lleva al día sin dar la sensación de que trabaja deprisa ni aun en los momentos de mayor apuro.

Su voz era blanda, queda. No ahora en que las oficinas de la «Symzus» permanecían en el mayor silencio, sino también en los más estridentes clubs nocturnos, donde Ken se había entrevistado con él muchas veces.

—El conserje me dijo que usted estaba todavía en su despacho —contestó Elkin, muy bajo—. Al llegar aquí he reconocido la voz de la señorita Symington... Cuando he comprendido que iba a salir, me he escondido.

—¿Por qué? —preguntó Ken, molesto contra «miss Samuray»—. Ella no tiene ninguna autoridad sobre mis visitantes.

—Ya lo sé, Ken... Pero sin querer... he oído de lo que ustedes discutían.

—Sobre Barry Freid. Ya le dije la otra noche que no doy con él. Y estoy en un compromiso. «Miss Samuray» me acosa...

—¿Cómo ha dicho?

—Me refiero a la señorita Symington.

Pasaron al despacho. Cuando Elkin se sentó, miró los aparatos de comunicación que había sobre la mesa.

—¿Está seguro que todo está desconectado? —preguntó, en un susurro.

Ken reparó en que Elkin, por primera vez, parecía alterado.

—¿Qué le ocurre?

—Nada... Es que en la calle acabo de presenciar un accidente. Bueno, Ken: ¿Está seguro de que nadie nos oye?

Este fue a la puerta, la abrió, cruzó el despacho de la secretaria y pasó el pestillo a la puerta que daba al corredor. Al regresar, hizo lo mismo con la que correspondía a su despacho. Después comprobó que el aparato estaba desconectado.

—Además, de la forma que usted habla —dijo, humorístico—, no hay peligro...

—Quizá esta vez me altere, Ken... En primer lugar, he de pedirle perdón por lo de la otra noche, cuando usted vino a verme al club.

—¿Qué debo perdonarle?

—Que le dijera que no tenía ninguna noticia de Barry Freid.

Ken se inclinó sobre él, con ansiedad.

—¿Sabe de Barry?

—No solamente yo —y dirigió una fugaz mirada hacia la puerta.

Ken lo interpretó como que Freid iba a aparecer de un momento a otro, llamando en la puerta del otro despacho.

—¿Ha venido con usted?

—No. Él está fuera de la ciudad. Se comunicó conmigo cuando iba a marcharse.

Ken hizo un gesto sardónico y empezó a pasearse.

—¡Muy bien! ¡Barry Freid, a estas alturas, se siente con humor para jugar al escondite y hacer rabiar a los que tuvieron la debilidad de compadecerlo!

—No se precipite, Ken...

—¿No? ¿Usted sabe en qué lío me ha metido?

—Algo he deducido de su discusión con la señorita Symington. ¡Y es chocante!

—¿A usted le parece así? ¡Pues a mí, no! ¡«Miss Samuray» no pierde ocasión de molestarme! Es de las que no perdonan que uno no dance al son que ella toca... ¡Pero que se vaya al diablo! Hablemos de lo que interesa. ¿Dónde está Barry?

—El sitio exacto lo desconozco, pero tengo una pista...

—¡Dígamela!

—Ya llegaremos a eso. Lo que ahora debe saber... es que el «accidente» que acabo de presenciar en la calle... afecta mucho a Barry. Acaban de asesinar a una muchacha.

Refirió el estallido del coche, en una de las callejuelas.

—He presenciado el incendio, mezclado en la multitud —el tono de Elkin se hizo muy extraño. Parecía llorar por dentro—. Con tiempo he sabido que iba a la muerte... sin poder hacer nada por ella.

—¿Quién era?

—Una vocalista que estaba empezando... Quizá hubiera llegado lejos. Tenía belleza, voz y gracia para presentarse al público. Su madre, en el principio de su carrera, también era así. Pero tuvo tropiezos con la policía...

—¿Drogas?

Elkin se limitó a mirar a otro sitio y a mover la cabeza, asintiendo. Después de una pausa, manifestó:

—Se encargará usted de decirle a Barry cómo ha muerto su pequeña Lois.

—¿Qué era de Barry?

—No es lo que piensa.

—Yo todavía no pienso nada, Elkin.

—Lois no era su amigueta de turno... ni tampoco su hija. Barry la conoció cuando era un crío. La tuvo una temporada a su cuidado, mientras su madre cumplía un arresto... Hace poco Barry, con mi ayuda, consiguió saber el paradero de Lois, y me pidió traerla a nuestro país. Yo hice que cierta agencia artística en la que yo tenía alguna influencia...

Se interrumpió para pasarse una mano por la cara. Luego, sardónico, exclamó:

—¡Influencia!

Quedó ensimismado, con el rostro contraído, los ojos fulgiéndole.

—Siga, Elkin. ¿Qué hizo esa agencia?

—Aparentemente, acceder a lo que yo pedía. Un corresponsal de la agencia en la capital de Méjico se entrevistó con Lois y le prometió unos tentadores contratos. La muchacha aceptó, y emprendió el viaje...

Volvió a interrumpirse, cubriéndose la cara con las dos manos.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué esto? —ahora sí sollozó.

Ken se mantuvo callado. Sacó cigarrillos y ofreció uno, ya encendido, a Elkin. Se lo puso en la boca, y Elkin, maquinalmente, con mirada extraviada, se puso a succionar.

—Si quiere que vayamos a otro sitio para seguir hablando...

—No —contestó Elkin—. De este edificio quiero salir de noche. Y lo peor que podía ocurrir es que nos vieran juntos. Al conserje le he dado un nombre supuesto.

—Siga hablando de Lois.

—La han utilizado de cebo. Lo sospeché cuando por teléfono me comunicaron que el avión en que ella viajaba llevaba una hora de retraso. Tuve un presentimiento y llamé al aeródromo. Era mentira. El avión llegaba a la hora prevista. Yo tenía que presentarme a ella en un bar. Pero intuí una trampa dirigida a mí... exclusivamente a mí.

—¿Por qué a usted?

Elkin lo miró fijamente.

—Usted siempre ha sido muy discreto, Ken. Nunca ha dado a entender que sabía de nadie más de lo que aparentaba... Ahora es el momento de hablar claro: ¿Nunca ha pensado de mí que esté metido hasta las orejas en negocios... sucios?

—Estoy acostumbrado a tratar con toda clase de gente, Elkin.

No suelo meterme en la vida ajena.

—Eso es lo que Barry más apreciaba en usted. Él dice que a usted se le puede confesar todo, sin peligro a que haga mal uso de esas confidencias. Barry le dijo a usted la *verdad* de lo que le ocurre.

—Sí... y por eso quisiera que me relevara del compromiso de darle yo la noticia de esa joven.

—Tiene que ser usted. Yo no tendré tiempo... Ya le he dicho que la trampa iba dirigida a mí. Esta tarde me he acercado al bar, en un coche cerrado, y he visto a dos agentes... y a individuos que conozco... Todos estaban a la expectativa de lo que ocurría en el bar. No sé si la muchacha llevaba algo que pudiera comprometer al que se acercara a ella... El caso es que di orden al conductor de que pasara de largo. Unas manzanas más adelante, nos detuvimos. Y vi pasar el coche en que iba Lois. Un poco después, otros ocupados por los individuos que yo conozco... Y por último, el coche de la policía. Cuando decidí echar detrás, ya era imposible localizarlos. Pero se produjo la explosión...

Refirió que entonces dejó el coche y mezclado con la multitud, se acercó a la callejuela.

—Luego vine aquí... Usted le referirá a Barry cómo ha ocurrido la muerte de Lois. Dígame también que fue un error de mi parte aceptar su encargo de que gestionara el traslado de esa muchacha. Un error imperdonable, porque desde hace algún tiempo, yo sabía que se preparaba algo contra mí. Pero, ¿por qué tomarlo con esa criatura?

Elkin se levantó y se dirigió al ventanal. Ya estaba oscureciendo.

—Dígame también a Barry... Pero será mejor que se lo dé por escrito.

Se acercó a la mesa, cogió papel y pluma, y escribió unas palabras.

—Léalo... No necesita firma. Barry conoce mi letra.

Vea usted de tener bien escondida esta nota.

Ken leyó:

«Murió la pequeña. ¡Ya NO DUDO! ¡Hazlo!»

Después de leerlo, dobló el papel en varios pliegues.

—¿Barry entenderá?

—¡Demasiado! —contestó Elkin.

—Bien. Creo que es hora de que me dé la pista para encontrarlo.

—La pista es... la señorita Symington.

Ken dio un salto atrás, como si tratara de esquivar una

fulminante llave de judo.

—¿Cómo?

—Barry me dijo, en el momento en que se disponía a dejar la ciudad, que la señorita Symington, interesada por su salud, le había propuesto un sitio para descansar.

—¡«Interesada» por su salud! —prorrumpió Ken, frenético—. ¡Lo que hizo fue embaucar a Barry, para impedir que me entregara el original!

Se quedó mirando a Elkin, casi con alegría. Le puso las manos sobre los hombros.

—¡Le estoy muy agradecido!

—No presione demasiado sobre la señorita Symington.

—Descuide. Sé cómo manejarla. Si cree que ya está bastante oscuro...

—Sí, ya debo marcharme.

—De las oficinas saldremos juntos. Fuera nos separaremos.

En el momento en que se disponían a salir del despacho, Elkin se mostró vacilante.

—¿Qué desea decirme? —preguntó Ken.

—Creo que usted juzga demasiado a la ligera a la señorita Symington... Yo tengo motivos para suponer que sus frivolidades son una especie de escudo. Hay algo muy firme y muy serio en su carácter.

—No me he preocupado de averiguarlo. Al principio me bastó con saber que era muy bonita. Ahora me sobra con conocer su soberbia. Y su tendencia a no dejar en paz a todo aquel que le vuelve la espalda.

—Consiga armonizar con ella... Y entonces, aconséjela que está jugando con algo muy peligroso.

—Desde luego: sus coqueteos un día...

—No es eso, Ken. Es que hay sospechas... en determinados medios, de que colabora con la policía.

Ken hizo un gesto de cómica sorpresa.

—¿«Miss Samuray»? ¡No me diga! —y rompió a reír.

Elkin permaneció en silencio hasta que la hilaridad de Ken se calmó.

—Aconséjela que lleve mucho cuidado.

Ken no replicó, impresionado por la gravedad que expresaba el rostro de Elkin.

Momentos después, cada uno utilizaba un ascensor para descender.

Elkin cenó en un restaurante muy concurrido. Luego fue a un club nocturno, donde lo conocían.

Por si lo espiaban, daba la sensación de que todo iba normal para él. A las once emprendió el camino a su departamento.

Allí se encontró con «Will Naípe». Se hallaba tumbado en un diván y sobre una mesita tenía una botella de *whisky* y un vaso. La habitación estaba llena de humo.

Elkin ni siquiera le preguntó cómo había entrado. Conocía de sobras su habilidad para introducirse en las casas.

—Hola —saludó Elkin, tirando el sombrero sobre una silla.

«Will Naípe» se incorporó, simulando una gran alegría.

—¡Elkin! ¡Hace horas que estoy esperándote!

Y fue a abrazarlo. Entonces Elkin le notó la pistola en la sobaquera.

—¿Sabes? Vengo de Florida... ¡Qué vacaciones! ¡Me he hartado de pescar!

Elkin fue al mueble bar y cogió un vaso. De la botella que había sobre la mesita, se sirvió. No miraba al intruso.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué?

—Pareces preocupado.

—Te equivocas —contestó Elkin, yendo a sentarse en un sillón que quedaba junto a un mueble donde estaba el teléfono.

—¿Nada te ocurre?

«Will Naípe» no sabía si seguir sosteniendo el gesto de alegría. La actitud de Elkin lo desconcertaba.

—Pareces empeñado en que me suceda algo...

—Como has venido tan tarde...

—He cenado fuera.

—Eso es lo que me extraña. En tu cocina he visto la cena preparada. Creo que hay dos cubiertos. ¿Tenías invitados?

—Sí —admitió Elkin—. Pero después que del restaurante me sirvieron los dos cubiertos, cambié de plan.

—Me alegro. Porque yo me he zampado un cubierto. ¿No te molesta?

—En absoluto. Pero me choca que hayas estado esperándome tantas horas. ¿Algo importante?

—Oh, nada. Quería hablarte de mis vacaciones. Tú debías tomarte un descanso.

—Ya lo sé. Pero tengo muchas obligaciones —y haciendo una

mueca, agregó—: Defectos de ocupar un puesto clave.

—Tú tienes la culpa. Yo en tu lugar ya hubiera hablado claro a los jefes. Si ellos no se fían entre sí, que se las arreglen como puedan. Yo les dejaría todo sobre la mesa, en una de tantas reuniones y les diría: «Ahí queda eso».

—Se acribillarían a la hora del reparto. ¿No crees?

«Will Naípe» sacudió los hombros.

—¿Y qué? El que más pudiera, que arramblara con la mejor parte.

—Y naturalmente, tú confías en que podría más que nadie...
Stew Thom.

—Ah, no. Yo no tengo preferencias por nadie.

—Eres el brazo derecho de Stew. Si lo desbancaran, quedarías en la calle.

—Pronto me situaría. Yo no soy como tú, Elkin.

—Eso es cierto. Lo de que estés aquí aguardando horas para hablarme de tus vacaciones, es mentira —lo dijo en un susurro, sin alterar el gesto.

«Will Naípe» perdió la sonrisa. Entornando los ojos, preguntó:

—¿Qué diablos te ocurre?

—Stew Thom te ha enviado para ver qué cara pongo por la muerte de la chica que llegó esta tarde.

—¡No, Elkin! ¡El nada tiene que ver!

—Luego sabes a qué chica me refiero...

—Toda la organización lo sabe. Parece que esa muchacha era confidente de la policía.

—¡Eso es mentira!

—Puede que tengas razón... Pero algunos sospechaban de ella, y antes de salir de Méjico aprovecharon un descuido para registrar su maleta. Tenía un doble fondo... e iba «cargado». Al llegar a la aduana de aquí, el oficial la dejó pasar, pero al mismo tiempo hizo una seña a la policía...

Elkin había ido contrayendo el rostro. Sus ojos miraban glaciales.

—Sabes mucho, «Will». Demasiado... siendo el brazo derecho de Stew Thom.

—Al jefe se lo han dicho otros.

—¿Cuándo?

—Poco antes de que ocurriera el atentado.

—Sigues mintiendo, «Will».

—¡No consiento...!

—No te alteres. Vas a aguantar cosas peores. Hace tiempo que te

fingeres mi amigo... y no eres más que un bicho traicionero.

«Will Naípe» palideció. Iba a acercarse la mano a la sobaquera, pero Elkin hizo que se adelantara el bolsillo de la chaqueta, dentro del cual tenía una mano.

—Te estoy apuntando, «Will Naípe». Eres un puerco. Lo mismo que tu jefe. Dices que lo han avisado esta tarde de lo que ocurriría a esa muchacha... ¿Cómo ha sido el último en enterarse, si yo fui a pedirle que por medio de su agencia artística gestionara el viaje de esa chiquilla? Él tiene un escrito mío, donde constan los datos de esa infortunada joven. ¡Esa es la trampa que tu jefe me preparaba! Con ese escrito creía tener pruebas contra mí, ante la organización...

—¡Desvarías, Elkin!

—Entonces, ¿para qué has venido? Para convencerme que la organización sospecha de mí. Para ofrecerme un refugio seguro. ¿No es así, «Will»?

—¡No! ¡Venía a proponerte que nos fuéramos a pescar este fin de semana, y olvidaras este tropiezo...!

—Eso lo creo, «Will». ¿A dónde me hubieras llevado? ¿En qué momento te hubieras quitado la máscara de amigo, para someterme a tortura, hasta que cantara dónde guardo todo?

En vano «Will Naípe» hizo esfuerzos por aparentar que lo tomaba a chacota. Cada vez estaba más pálido.

—Os conozco a todos, «Will». Y tú y tu jefe sois de los peores. He tenido tiempo para medir a cada uno de los cabecillas. En muchos he visto el deseo de eliminarme... Cada uno cargará con su culpa. Ya no hay remedio, «Will»...

—¿Qué quieres decir?

—Que *todo* lo sabrá la policía. Y alguien más... No habrá quien lo impida. Se conocerán todos los crímenes de la organización, la evasión de impuestos... y el asco que yo, el depositario de toda esa basura, he sentido en mis últimos días. Voy a comunicárselo a tu jefe...

Y movió la otra mano, para marcar en el teléfono.

—¡No lo llares!

—¿Por qué no? Es el último que falta en saber mi determinación. Regresando a casa, desde un teléfono público he llamado a Garacho, el que más odia a tu jefe; también he llamado a Botts, al duro Crain, al rencoroso Deipo... A todos les he dicho que esta noche intentarán matarme, en mi casa. Ya deben estar en camino... No muevas la mano, «Will». Deja que también llame a tu jefe...

«Will Naipe», después de mirar el bulto que revelaba el bolsillo de la chaqueta, se decidió a desenfundar.

—¡No estás armado! —prorrumpió, apuntando a Elkin.

Este no dejó de hacer girar el dial del teléfono, mientras de su bolsillo irrumpían fogonazos. «Will», retorciéndose, hizo un disparo contra el pecho de Elkin.

«Will Naipe» rodó a los pies de Elkin. Tardó unos momentos en expirar.

Aún pudo oír lo que Elkin decía por teléfono. Pero antes de que se estableciera la comunicación telefónica, se oyeron golpes en la puerta.

Desde fuera forcejearon, haciendo saltar la cerradura.

Entraron varios individuos, de distintas pandillas, todos con el arma en la mano. Elkin había procurado cubrirse con la chaqueta la herida que tenía en el lado izquierdo del pecho.

Los individuos fueron acercándose. Todos llevaban orden de proteger a Elkin a toda costa, hasta que revelara lo que más importaba al trust.

—No es nada, muchachos —les dijo Elkin, procurando que se mantuvieran a distancia.

Los *gangsters* miraban a «Will Naipe», quien se hallaba tendido cara arriba, todavía respirando.

El ver a Elkin con el teléfono en la mano, dispuesto a sostener una conversación, los engañó.

Se oyó en el auricular un carraspeo: «Diga».

—¿Stew Thom?... Soy... Elkin... He de notificarle, que como usted deseaba... «Will» y yo... salimos de pesca...

Diciéndolo, sin soltar el teléfono, fue inclinándose a un lado. Dos *gangsters* se precipitaron para sostenerle.

Cuando lo incorporaron se dieron cuenta que estaba muerto.

Todos escaparon, sin cuidarse de quitarle a Elkin el teléfono de la mano.

Al otro extremo del hilo se oía a Stew Thom:

—¿Qué le ocurre, Elkin? ¡Dígamelo! ¡Soy su amigo...!

CAPÍTULO IV

En lo que menos pensó Ken durante la mañana del viernes fue en dirigir una ojeada a los periódicos. Fue en la pausa del mediodía cuando distraído, desdobló un diario.

En un titular de primera plana iba el nombre de Elkin. En letra más pequeña, el de «Will Naípe».

El periodista, después de describir la escena donde fueron hallados los cadáveres, hizo conjeturas, y afirmaciones concretas. «Por las relaciones que tenían los dos muertos, se puede asegurar que se trata de un ajuste de cuentas».

Al final de la información declaraba: «Por las huellas encontradas en el departamento, fueron varios los que entraron en el domicilio de Elkin. Esto ha extrañado a la policía, pues Elkin parecía muy respetado por el bajo mundo...»

El bocadillo que Ken tenía en las manos, lo dejó sobre la mesa escritorio y salió del despacho. En aquella planta había un restaurante y un bar, para uso de los empleados.

Ken sabía que allí encontraría a Eile, sentada a una mesa muy concurrida. Una de las vanidades de la joven era poner de relieve que durante el tiempo que permanecía en las oficinas, para nada contaba que ella fuera hija de Howard Symington, y nieta del difunto Sam Symington, uno de los fundadores de la compañía.

Ken la vio donde esperaba hallarla. Pasó junto a su mesa y se situó en el mostrador del bar.

—Café —pidió a la muchacha que servía.

—¿Está enfermo, señor Heyd? —preguntó la camarera—. Le veo mala cara.

—Gajes del oficio, Dot. Termino de leer un original con muchas tripas hechas picadillo...

—¡Ah! ¡La leeré cuando esté impresa! La sangre me fascina.

—Muy bien, lindo vampiro. ¿Viene ese café?

—Enseguida, señor Heyd.

Desde su mesa Eile observaba a Ken y a la camarera. Se levantó y fue al mostrador.

—Otro café a mí, Dot.

—Sí, señorita Symington.

Al alejarse la camarera, Eile preguntó:

—¿Qué has decidido?

—Ir a tu fiesta —contestó Ken, gravemente.

Para Eile fue una sorpresa.

—¿Lo dices en serio?

Ken, mirándola a la cara, contestó:

—Quiero ir. Pernoctaré en cualquier hotel cercano...

—¿Y por qué no en la finca?

—Me dijiste que teníais muchos invitados.

—Es cierto. Pero muchos de ellos tienen sus propias fincas muy cerca de la nuestra, y solo estarán horas con nosotros. Los de más confianza se alojarán en casa.

Por momentos parecía más contenta.

—Papá y yo salimos esta misma tarde...

—Yo procuraré llegar mañana al mediodía. ¿Está bien?

—Si madrugaras un poco, a media mañana podrías jugar al tenis conmigo. Me debes la revancha.

Era verdad que Ken, formando pareja con una invitada, derrotaron a Eile y a su compañero de juego.

—Ni me acordaba —contestó Ken—. Pero si consideras que existe esa deuda, procuraré pagarla.

—¡Mano a mano!

—Como quieras.

Eile tomó el café muy deprisa, por momentos más satisfecha.

—Me encanta verte en plan amistoso, Ken. Lo de ayer tarde fue muy desagradable. Pero debes comprender que la tolerancia que has tenido con Barry Freid...

Ken se puso a mover la taza, mientras su rostro se ensombrecía. Eile se dio cuenta y rompió a reír.

—¡Bien! ¡No hablaré más de ello!

Un rato después, cuando Eile volvió a la tarea, lo primero que hizo fue comunicarse con el inspector Weill.

El policía apenas la dejó hablar.

—Han ocurrido cosas... Voy a hacer una escapada para hablar con usted. Hasta luego.

Cuando el inspector llegó al despacho de Eile, lo primero que hizo fue preguntarle qué clase de invitados iban a tener.

—Pues no sé exactamente... Bueno, inspector: la verdad es que no van a ser muchos. Ha sido un truco para atrapar a Ken. ¿Usted no quería la oportunidad de hablar con él?

—Sí. Pero en su finca va a ser algo comprometido. Algunas «ratas» han sentido el deseo de anticipar su fin de semana y han salido hacia sus fincas de recreo. Algunas de esas fincas quedan cerca de las de ustedes. Por ejemplo, la de Stew Thom. Yo sé que él

frecuenta su casa. ¿Va a acudir esta vez?

—Es posible...

—En ese caso yo no puedo estar allí de día. Sería demasiado arriesgado para usted y para Ken.

—Quizá seamos nosotros los que tengamos que ir a la finca de Stew Thom. El suele organizar fiestas, en las que intervienen artistas... Entonces invita a los vecinos de más prestigio.

—Ya sé: prestigio de honorabilidad. Al socaire de ellos, Stew Thom efectúa reuniones con apestosas «ratas». Es posible que el domingo tengan esa clase de fiesta. Anoche mataron a un elemento que se codeaba con todos ellos... Un hombre escurridizo, de apariencia insignificante. Hace tiempo que tengo la sospecha de que ese individuo era una pieza clave en el trust de las «ratas». Y lo que acaba de ocurrir confirma mis sospechas. Apenas muerto, se ha producido la desbandada... ¿Qué los inquietará?

—Si Stew Thom nos invita, procuraré estar alerta.

—Ken es el adecuado para ese trabajo. El hampa lo conoce por su curiosidad «profesional».

—¿Cómo?

El inspector sonrió.

—Ken no oculta que escribe temas policíacos, y que sobre él pesa la responsabilidad de importantes ediciones de ese género. «No quiero desambientarme», suele decir. Y los hampones lo aceptan halagados. Ken tiene la virtud de conseguir que en los medios más hostiles no lo reciban a contrapelo.

—Sobre todo si en esos medios hay alguna mujer de buena fachada —agregó Eile, con ironía—. Si a todas las mujeres de esta casa, empezando por las que están en el bar, y terminando por la más distinguida secretaria, se les llevara un registro para comprobar a quién dirigen más sonrisas, nuestro Ken Heyd se llevaría la palma. Por el contrario, el señor Menkes, el director de las publicaciones humorísticas, obtendría cero puntos. ¿No es curioso? Ken dirige crímenes y el otro, risas.

—No está en la función que uno desempeña, Eile... Y volviendo a lo de la fiesta, creo que no debo ir, ni siquiera de noche. Usted ya ha conseguido lo que ayer me parecía tan problemático: que él vaya a su finca. Procure que Ken se interese por la actividad que usted desarrolla secretamente... El incentivo de la aventura unido a la influencia que usted ejerce sobre él, harán todo.

Eile no quiso objetar que confiaba poco en la influencia que, solamente como mujer, podía ejercer sobre Ken. Esto la enfurecía, con solo pensarlo.

—A Ken le preparo un golpe de sorpresa. Eso lo obligará a ayudarme, aunque solo sea por agradecimiento.

El golpe de sorpresa sería cuando le anunciara que tenía una pista sobre el paradero de Barry Freid.

* * *

Cuando Ken llegó a la finca, la gran piscina estaba muy concurrida por jóvenes de ambos sexos. Eile salió del agua y plantada al borde de la piscina, movió los brazos, saludando a Ken, quien todavía no había aparcado el coche.

Su piel, tersa y dorada, fulgía al sol como una escultura de oro bruñido. Cogió un corto albornoz y echándoselo sobre los hombros, fue al encuentro de Ken.

—Llegas más tarde de lo convenido. La sesión de tenis ya se ha terminado.

—Lo siento. Hubiera podido llegar a tiempo, pero de lejos he visto ramales de carreteras perdiéndose en los bosques, y no he podido resistir la tentación de hacer algunas millas, sintiéndome en tierra desconocida. La experiencia ha valido la pena. Nunca imaginé que hubiera tantas fincas de recreo en esta zona. ¿Sabe tu padre que venía?

—Sí... Está en el bar, con otros invitados. Ve a saludarle, mientras me visto. Te guardo una sorpresa.

Ken emprendió la escalinata de mármol. Momentos después se encontraba en una sala donde había varios hombres de negocios.

—Hola, Ken —saludó Howard Symington—. Bienvenido.

Y le estrechó la mano. Enseguida lo presentó a los otros.

—Ya nos conocemos —dijo uno.

—Lo mismo ocurre conmigo —manifestó otro, de fuertes quijadas, cuello corto y grueso—. Hace tiempo que no le veo por el club, Ken.

Era Stew Thom, quien sostenía un vaso con licor en la izquierda, mientras le tendía la derecha.

—Estuve la otra noche, pero me fui enseguida —contestó Ken.

—Me lo dijeron —dijo Stew. Y riendo, añadió—: Creo que se le había perdido un escritor...

—¿No será Barry Freid? —intervino el padre de Eile.

—El mismo —admitió Ken—. Me trae de cabeza.

—Ha sido usted demasiado tolerante con un hombre irresponsable, Ken. Estoy enterado por mi hija de lo que ocurre con su última novela —y dirigiéndose a los demás—: Es un síntoma del

agotamiento en que se encuentra ese novelista. Un hombre que era capaz de hilvanar varias novelas al mismo tiempo; que se sacaba los argumentos del sobaco, con finales lógicos... ahora ha tardado casi un año en garrapatear una vulgar novela... sin final.

Los que conocían a Barry Freid por haber leído algo de él, o por haberlo tratado, movieron la cabeza, entre burlones y conmiseros.

—Tenía que terminar así —dijo un hombre gordo—. Forzó la máquina al máximo... Creo haber leído que era dado a las drogas.

Ken estaba pasando un mal rato. La culpa era de Stew Thom, que sacó a relucir al desaparecido escritor.

—Lo que me choca es que usted todavía no haya dado con Barry —dijo Stew.

—Lo he buscado hasta en las alcantarillas de Chicago —contestó Ken.

—¿Cuándo quiere que lo lleve a su escondite? No hace aún un par de horas, hemos hablado...

Eile, vistiendo pantalón corto y blusa, hacía unos momentos que parada en la puerta estaba escuchando. Y se apresuró a intervenir.

—También yo he hablado con el señor Freid —y dirigiéndose a Ken—: Esa es la sorpresa que te preparaba. ¿Vamos a sorprenderlo?

—¿Le has dicho que yo vendría? —preguntó Ken, esforzándose por parecer un hombre atónito.

—No se lo he dicho. Ni tampoco le he hablado de su novela... Es él quien lo ha sacado a relucir.

—¿Ya ha dado con el final? —preguntó el padre de Eile, en tono jocoso.

—No lo ha mencionado. Ha dicho... que nuestra editorial tiene el honor de editar su *última novela*, porque ya no escribirá otra. Y que sin necesidad de mucha propaganda, será la que más sensación produzca de todas las que llevan su firma —y haciendo una transición, agregó, en tono grave—: Lo ha dicho de una forma... que me ha impresionado.

Ken se dirigió a Howard Symington.

—¿Permite que su hija me acompañe al lugar en que está Barry?

—¿Ahora mismo? ¿Tan urgente es?

—Mucho —contestó Ken.

—Bien. Que lo decida Eile.

—Me disponía a ir ahora mismo.

—A ver si lo convencéis para que venga —dijo Howard, súbitamente compadecido—. Aquí se distraerá.

—¡Insistan! —dijo el hombre gordo—. ¡Me gustaría hablar con

él! ¡Yo lo admiro!

Ya fuera de la casa, Eile preguntó:

—¿Vamos en mi coche?

—Si no te importa demasiado que te vean en uno más modesto, prefiero utilizar el mío.

Eile se dio cuenta que Ken hacía esfuerzos por disimular que estaba irritado. Guardó silencio hasta que salieron de la finca.

—Ve indicándome el camino —pidió Ken.

Por todas partes había ramales de carretera.

—¿Sospechabas que Barry se encontraba en esta zona? —preguntó Eile.

—¿Por qué?

—Ayer accediste repentinamente en venir. Luego, te has puesto a rodar por esos bosques...

—Es posible que tuviera una pista. Pero tú tampoco parecías ignorar que Barry estaba aquí. Es mucha casualidad que te encontraras con él esta mañana.

—He mentido, para cortar a Stew Thom... Yo no he visto hoy a Barry Freid. Fue la semana pasada.

Ken dio una brusca frenada. Por poco da Eile con la cabeza contra el parabrisas.

—¡Conque lo reconoces! —rezongó Ken.

—¿Qué?

—¡Que estabas en connivencia con Barry para fastidiarme!

Eile, después de mirarlo, comentó:

—No eres nada simpático cuando te pones furioso —y rompió a reír.

—¡Sin burlas, Eile! ¿Qué pretendías con todo esto? Hace algún tiempo cometí la equivocación de tomar en serio uno de tus coqueteos. Apenas te besé, cambiaste de juego... ¡Bien, «miss Samuray»! ¡A ver qué haces ahora!

Aunque hubiera querido rechazarlo, no hubiera podido, apresada por el asiento y los brazos de Ken. Se puso a besarla, en el cuello y en la boca.

Apenas soltarla puso en marcha el coche, entrando enseguida en una gran velocidad, pese a las curvas cerradas que aparecían a cada momento.

—Si crees que me asustas, te equivocas. Ni ahora, conduciendo como un novato, ni antes, besándome como un bruto... Quizá yo deseaba que me besaras, ¿sabes? Buscaba la ocasión de demostrarte que a mí no me molestó aquella noche que me besaras, sino que te creyeras el dueño de la situación. Fuiste a parar a un macizo y yo

me sacudí las manos... Luego, puede que yo haya pensado que me comporté mal. Y ya está arreglado... ¿No crees?

Ken fue disminuyendo la marcha.

—No sé lo que te propones, pero te digo que permanezco más escamado cuando te presentas en plan amigable...

—Echa por el camino que sale a la izquierda —indicó Eile, como si nada hubiera ocurrido—. Estamos llegando.

Era una zona donde se veían muchos «bungalows» de lujo.

—Por aquí he pasado esta mañana —dijo Ken.

—Quizá Barry te ha visto y haya abandonado el «bungalow».

—¡Sería lo peor que pudiera hacer! —exclamó Ken, muy afectado—. Esto lo has tomado a juego... pero ya te convencerás de que existe algo muy grave.

—Bah... La casa podrá soportar el retraso de una edición —replicó con ligereza.

—Que todo sea eso —dijo Ken, por momentos más sombrío.

Después de unos instantes de permanecer callados mientras el coche zigzagueaba siguiendo un camino muy empinado, Eile señaló:

—Aquel «bungalow» que casi tapan los árboles.

Un ramal muy estrecho permitía que el coche llegara a la plazuela donde estaba el «bungalow».

La puerta estaba abierta.

Los dos bajaron del coche al mismo tiempo. Pero Ken fue el primero en situarse en la puerta. Y sentado en un sillón, junto a la ventana, frente a una mesa llena de libros y papeles, se encontraba Barry Freid.

Ken se dio cuenta enseguida de que se hallaba bajo la influencia de una fuerte dosis de heroína. Su euforia era demasiado significativa.

—¡Hola, Ken! ¿Por fin has dado conmigo?

Tras de Ken entró Eile. Barry Freid, un rostro enjuto, de agudos pómulos y piel amarillenta, mostró los dientes, riendo como a través de una careta.

—¡Los dos! ¡Bien, señorita Symington! Es un regalo verla... Me doy cuenta ahora que he sido muy torpe para pintarla en mi última novela.

Eile se sintió halagada.

—Ah. Pero, ¿yo he servido de modelo para alguno de sus personajes?

—Para muchos —contestó Barry—. Pero en la última cargué la mano para que no hubiera dudas de que me refería a usted. Ken lo

advirtió enseguida. ¿Por qué no se lo has dicho?

Ken hizo un gesto vago. Luego:

—Hablemos de su salud...

—¡Nunca me he sentido mejor!

—Lo celebro. En cuanto al original que falta...

—Estoy dando los últimos toques. Viniendo ustedes se me estaba ocurriendo un truco... Aún no está perfilado. Dejen que tome unas notas...

Rápidamente escribió sobre una cuartilla. Ken esperó a que terminara.

—Usted ya me ha causado bastantes problemas, Barry —empezó a decir Ken, mientras el enfermo giraba la cuartilla, para colocarla ante los ojos de Ken.

—Ya lo sé. Ya lo sé... No tengo perdón...

Mientras tanto Ken, sin coger la cuartilla, leía lo que Barry acababa de escribir:

«Estamos vigilados. En esta habitación hay una grabadora. En la otra habitación, un individuo armado. Y fuera hay más gente...»

—Desde luego me ha hecho la gran jugarreta —contestó Ken, mientras tiraba sobre la mesa un papel doblado—. En la editorial me han estado apremiando por culpa suya... Bueno, en realidad por culpa mía. Debí suponer que Eile estaba de por medio...

La muchacha había presenciado cómo Barry daba la cuartilla a Ken, y cómo este le contestaba tirándole otro papel escrito que había sacado de la cintura del pantalón.

Por unos instantes la enfermiza alegría que había en la cara de Barry Freid se borró, al leer:

«Murió la pequeña. ¡Ya NO DUDO! ¡Hazlo!»

Barry dejó el papel escrito por Elkin. Quedó sobre la cuartilla en la que daba el alerta.

—Dejé de *dudar*... cuando leí el periódico —empezó a decir Ken, al tiempo que este cogía los dos papeles para destruirlos.

Barry hizo un gesto. Ken adivinó y empujó a Eile, que se encontraba a su lado.

La puerta que daba a otro departamento se había abierto lentamente, y cuando Ken cogió los papeles se abrió del todo, de golpe.

—¡No toque nada! —conminó un individuo, pistola en mano.

Ken ya estaba saltando hacia atrás. Barry tiró una estatuita que había sobre la mesa, con el propósito de distraer al pistolero.

Sonó un disparo. Ken vio cómo Barry se tambaleaba. Ya tenía la mano en alto y dio con el borde en un lado de la cabeza del pistolero. Este cayó fulminado.

Ken cogió la pistola y fue a situarse en la puerta que daba al exterior. Por un lado del «bungalow» aparecieron dos sujetos, con el arma en la mano.

Al ver a Ken se replegaron, haciendo disparos. Todos los proyectiles dieron en las dos ruedas de un lado del coche.

Eile se había inclinado sobre Barry Freid. Se encontraba en el suelo. Al cogerlo de los brazos, se dio cuenta de que bajo la ropa había solo un esqueleto.

—¡Señor Freid...!

—No es nada... Cuiden de la puerta... Alcánceme... el micrófono...

—¿Dónde está? —preguntó Eile, muy afectada.

Ken se retiró de la puerta, cerrándola. Se dio cuenta enseguida de lo que Barry quería. El herido señalaba un sillón que había cerca de la mesa.

Con una plegadera rasgó el respaldo de tela y apareció una grabadora, que solo se ponía en marcha cuando alguien hablaba o producía el menor ruido.

—Vigilen... Yo... diré lo que importa ahora. ¡Vigilen!

Barry Freid permaneció tendido junto a la máquina. Eile, aturdida, fue adonde había quedado el pistolero. Lo miró con indignación y asco.

De pronto se agachó, para tocarle el pulso.

Miró, con estupor, en dirección a Ken. Le había aplicado al pistolero un mortífero golpe de «karate», y se había desplomado como un conejo que hubiese sido golpeado en el hocico.

Se incorporó, entre atemorizada y fascinada por el temple de nervios que Ken estaba demostrando. Había vuelto a abrir la puerta, y acucillado, esperaba, con el arma lista.

Mientras tanto Barry Freid susurraba muy pegado al micrófono, haciendo pausas cada vez más prolongadas.

Otra vez se oyeron disparos. Esta vez los hizo Ken. Se oyó un alarido y todo volvió a quedar en silencio.

Sin volverse, Ken anunció:

—¡Dos individuos se llevan a un compinche herido!... Pero no hay que confiarse. Puede haber más. Comprueba si han cortado la línea del teléfono...

Eile se apresuró a obedecer.

—¡Comunica! —dijo Eile, con alegría—. ¡Voy a que papá ponga en movimiento a toda la colonia!

Mientras Eile se ocupaba del teléfono, Ken se acercó a Barry Freid. Oyó que susurraba al micrófono de la grabadora:

—... Cuando haya... miles de ejemplares... en la calle... el notario...

Ken fue adonde yacía el pistolero. En uno de los bolsillos le encontró un cargador repleto de munición.

Y volvió a situarse en la puerta.

Eile, después de comunicar con su casa, trató de establecer conexión con el inspector Weill. Solo tuvo tiempo de pedir la comunicación a la centralilla de la colonia. De pronto se hizo el silencio.

—¡Han cortado la línea! —anunció.

—No importa. Si es necesario pegaré fuego al coche —contestó Ken, sin volverse, siempre atento a lo que pudiera ocurrir en el exterior—. Creerán que se quema el bosque y el instinto de conservación hará que los vecinos den la voz de alarma. Cuanta más gente acuda, mejor...

—Podríamos cargar al señor Freid y salir pitando. Yo conduciría mientras tú les hacías frente —propuso Eile, acercándose a Ken.

—No quieren que salgamos. Han disparado contra las ruedas.

Ella iba a asomarse, pero Ken le dio un empujón. La muchacha cayó sentada.

—Disculpa —dijo Ken—. Pero todavía no estoy seguro de que nos quieran vivos... Puede que la mala puntería que he apreciado en el enemigo se deba al nerviosismo.

Eile, sentada en el suelo, permaneció observándole.

—¿No te preocupa el que has derribado?

—En absoluto.

Entonces ella recordó que al registrarlo Ken, pudo comprobar que estaba muerto.

—¿Sabías que el golpe sería mortal?

—Algo desentrenado estoy... pero no hasta el extremo de fallar un golpe tan sencillo.

—¡Sabías que ibas a matarlo!

—Sabía que había disparado contra Barry —y miró hacia donde estaba el hombre que solo era un esqueleto con ropa encima.

Eile siguió la mirada de Ken. Sus hombros acusaron un estremecimiento. Iba a levantarse, cuando Ken le dijo:

—No te acerques a él. Está muerto.

La muchacha volvió a mirarlo atónita, por la serenidad con que lo decía. De pronto se cubrió el rostro con las dos manos:

—¡Yo lo he matado!... ¡Yo le propuse venir aquí...!

Ken se separó rápidamente de la puerta, comprobó que Barry había expirado, y cogió la grabadora. Bobinó la cinta en un solo carrete y se lo guardó.

La máquina la destrozó, pisoteándola. Los fragmentos los tiró desde una ventana, al interior del coche.

Cuando regresó al lado de Eile, la muchacha seguía llorando, en silencio.

—No te culpes de su muerte —dijo Ken—. Barry deseaba morir. ¿No has visto con qué espontaneidad se ha ofrecido al disparo?

—¡Quería ayudarnos...!

—Y morir. Aparte de que ya tuviera alguna noticia por los periódicos, yo le he traído la confirmación de algo que le afectaba mucho.

—¡Los papeles que habéis cruzado! —y Eile se levantó de un salto, y fue a la mesa.

No los encontró. Cuando volvió la cabeza vio a Ken que había formado en el suelo un montoncito de papeles enrollados y les aplicaba la llama del encendedor.

—¿Qué decían? —preguntó Eile.

—El que yo le he dado, le anunciaba la muerte de una muchacha muy querida por Barry. Se lo decía un amigo... que ya no existe...

—¡Eso no justificaba que deseara morir! ¡Lo dices por consolarme!

Ken la miró gravemente.

—Barry... conocía su enfermedad... No la del vicio de las drogas. Otra enfermedad irremediable por ahora. Cuando lo vi por última vez, él calculaba que no viviría más de dos meses —y haciendo una pausa, mirando a los ojos de Eile, preguntó—: ¿Comprendes ahora que le diera un trato de favor, cuando me rogó que le devolviera las cuartillas del último capítulo?

—Lo comprendí muy vagamente... cuando él vino a mi despacho a darme cuenta de lo que pensaba pedirte. Me pareció muy acabado, y sentí compasión... Me confesó que no pensaba tener listo el original dentro de las veinticuatro horas que a ti iba a decirte. Entonces se me ocurrió proporcionarle un refugio tranquilo, para hacerte una jugarreta. Él se animó: «¡Eso estará bien!», me dijo. Parecía un niño ante un juguete... Pero la semana pasada, cuando vine a verle, me desconcertó. Había momentos en que se comportaba como un demente. Hablaba de su novela con el

entusiasmo de un principiante... ¿Qué opinas de ella?

—¡Han pasado ya tantas por mis manos desde entonces...!

Era una evasiva piadosa. En verdad, Ken recordaba muy bien la opinión que se formó cuando leyó el original. Lo consideró un trabajo mediocre, con situaciones demasiado forzadas.

—Permanece alerta —dijo Ken—. Voy a efectuar un registro...

Pero al abrir los cajones de la mesa, lo encontró todo revuelto.

—Aquí ya han estado buscando —comentó.

En unos de los cajones encontró los pliegos impresos que Ken le dio, cuando Barry le rogó que le devolviera el original del último capítulo, para reformarlo.

Los pliegos estaban todavía sin cortar. Sin embargo, se notaba que para leerlos habían sido desdoblados varias veces.

Los halló en desorden. No se entretuvo en coleccionarlos. Tal como los encontró, se los guardó, para tenerlos como un recuerdo, convencido que Barry Freid se había pasado varias horas mirando aquellos impresos, torturándose, buscando un final que nunca le satisfacía.

Todos los papeles donde hubiese algo escrito, los guardó en una cartera de cuero que halló en el «bungalow». Incluso unas hojas en que figuraban unas anotaciones a lápiz representando los gastos diarios que Barry Freid debió hacer en Chicago, mucho antes de refugiarse en el «bungalow».

Las anotaciones tenían el estilo de un hombre muy metódico. En una de las hojas figuraba:

Día: LUNES.

GASTOS:

Por la mañana 6'50. Tarde: 25'10. Noche: 38'09.

En esa misma hoja figuraban otros dos días.

—¡Se oyen coches! —anunció ella.

Pronto sonaron varios cláxones, vertiente arriba.

—¡Antes de que lleguen, Eile! —y la agarró de los hombros—.

Me dieron un consejo para ti: lleva cuidado... O mejor aún, apártate de las actividades que has estado desarrollando... no tan secretamente como tú crees.

La muchacha palideció. Esbozando una sonrisa burlona, preguntó:

—¿De qué me hablas? ¿Y quién pudo darte un consejo para mí?

—Alguien que ya está muerto —y como Eile mirara hacia el cadáver de Barry—: No fue él.

El primer coche que asomó fue el que conducía el chofer de Howard Symington. El padre de Eile iba sentado al lado del conductor, el semblante demudado.

Cuando vio a su hija le faltó tiempo para saltar del coche, sin esperar a que se detuviera del todo.

—¡Eile! ¿Qué te ha ocurrido?

La muchacha empezó por señalar las ruedas agujereadas del coche de Ken. Iban llegando más carruajes, y como no cabían en la plazuela, fueron deteniéndose en la pendiente.

—Ahora... prepárate para un desagradable espectáculo. Entra ahí.

En la puerta se encontraba Ken, mirando a los que iban llegando. En el tercer coche iba Stew Thom, quien apenas podía disimular su ansiedad.

Howard Symington, acompañado de otros hombres que Ken vio en la sala del bar, entraron en la casa.

Todos al mismo tiempo retrocedieron.

—¡Hay dos muertos! —dijo uno, saliendo muy asustado.

Los que iban llegando se transmitían la noticia. Había varios jóvenes, algunos todavía con el bañador puesto, y una camisa para cubrirse el torso.

—Pueden mirar, pero sin tocar nada —dijo Ken, cuando Stew y una segunda tanda se dispuso a curiosear.

Únicamente Stew pareció dispuesto a llegar hasta donde estaban los cadáveres. Los demás hicieron como los primeros: retroceder.

Ken, mirando a Stew, le dijo:

—No le conviene pasar... Va a venir la policía y ya sabe cómo se las apañan para involucrar al que menos imagina uno. Ahí dentro solo están las huellas de Eile y mías... aparte, naturalmente, la de los que ya no viven, o han huido.

Stew Thom se esforzó por sonreír.

—Tiene usted razón —y se retiró.

Fuera, Eile estaba refiriendo que el ataque había sido de varios individuos. La versión que daba era que habían aparecido antes de que Ken cruzara la palabra con Barry Freid.

Esto no lo había convenido con Ken. Cuando este lo oyó, le pareció acertado de momento, para evitarse preguntas.

—Hay que avisar a la policía. La línea telefónica está cortada —concluyó Eile.

—Desde cualquier sitio se podrá llamar —contestó su padre—. Vámonos...

Eile miró a Ken y este asintió.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó ella.

—De momento, ver quién me presta la rueda de repuesto que necesito —y empezó a sacar la que tenía de recambio.

Al momento aparecieron dos jóvenes empujando una rueda.

—Gracias —les dijo Ken—. Se la devolveré hoy mismo.

Eile estaba conversando con su padre.

—No podemos dejarlo solo, papá... Te aseguro que han sido varios a atacar.

—Pues esperaremos a que cambie las ruedas y nos iremos todos.

—Ken se quedará hasta que llegue la policía. Y creo que yo también debo hacerlo. Lo mejor sería que uno diera aviso a la policía mientras los demás esperamos.

Muchos de los presentes torcieron el gesto. Howard Symington trató de justificarlos:

—Lo que tú pides de nuestros invitados es demasiado, Eile. La policía solo trae quebraderos de cabeza.

—Entonces vete tú también.

—Yo, no, porque te veo dispuesta a permanecer aquí.

Varios jóvenes manifestaron que ellos también se quedarían. Los coches empezaron a maniobrar.

Ken no perdía de vista a Stew Thom. Este no hacía más que dirigir furtivas miradas al bosque.

—Sintiéndolo mucho —dijo Stew, dirigiéndose a Eile y a su padre— tendré que irme. En mi finca tengo invitados...

—Es mejor que se quede, Stew —dijo Ken, mientras atornillaba una rueda.

—¿Por qué?

—Usted ha dicho que habló esta mañana con Barry Freid.

—Solo cruzamos unas palabras.

—¿Aquí arriba? Este «bungalow» está muy aislado. ¿Fue aquí arriba?

Y Ken volvió la cara, mirándolo a los ojos. Stew Thom se mordía el labio inferior mientras sus ojos negros fulgían. De pronto rompió a reír:

—No es cierto que hablara con él... Por casualidad me enteré que se encontraba en esta colonia y cuando oí que usted ignoraba su paradero, se me ocurrió decir que yo había hablado con Barry.

Solamente Ken, que lo tenía de frente, pudo advertir qué cólera poseía a Stew, y con qué cinismo mentía.

—Eso ya es otra cosa, Stew. Puede usted irse si lo desea —contestó Ken, con la mayor indiferencia, reanudando la tarea de atornillar la rueda.

Stew Thom giró bruscamente y se dirigió a su coche. Al momento, con riesgo de raspar la carrocería de otros vehículos, enfiló la estrecha vertiente, a una velocidad absurda.

—¿Qué le pasa? —preguntaron algunos, mirándose.

—Se va molesto porque lo he cogido en un inocente embuste —contestó Ken, sin dejar de ocuparse de la rueda—. Resulta que no hablé con Barry.

Eile se acuclilló al lado de Ken:

—¿Y tú le crees?

—Puede que Stew no viera a Barry...

—¡Cuidado, Ken! Ayer tarde estuvo el inspector Weill en mi despacho y me dijo...

Ken contrajo el rostro y la miró severamente.

—¡Conque tienes trato con ese embrollador!

—¡Pero es tu amigo, Ken! El hace muchos elogios de ti, de cuando trabajasteis juntos en el Servicio de Inteligencia en Corea y en Japón...

Ken saltó al interior del coche y los fragmentos de la grabadora los escondió bajo el asiento posterior.

—Lo conozco bien, Eile. Esquiva a ese pelmazo... Es una fanático de su profesión y con tal de salirse con la suya, no vacila en sacrificar a sus mejores amigos. ¿Qué apostamos a que te está dando coba, diciendo que vales tanto y más cuanto, para que me lleves al redil?

Eile enrojeció, azorada y al mismo tiempo indignada.

—¿A qué redil?

Tuvieron que callar, porque el padre de Eile y varios jóvenes se acercaban.

—Nos quedamos los suficientes para que a los pistoleros se les quiten las ganas de volver —dijo Howard Symington—. Además, ya se está avisando a la policía...

CAPÍTULO V

A gran velocidad el coche de Stew Thom entró por la avenida de su finca y bruscamente se detuvo al pie de la escalinata. A un lado del edificio había lujosos coches, con carrocería a prueba de balas.

Dentro de la casa aguardaban tres magnates del trust. Los tres estaban impacientes.

Garochi, el que más animadversión sentía por Stew, anunció, situado frente a un ventanal:

—Ahí lo tenemos. Y viene soltando bufidos —esbozó una sonrisa irónica y agregó—: Su truco de siempre: golpear primero, antes de que le den la bofetada que merece.

—¡Garochi! —lo interrumpió Botts, el que tenía tendencia a los recursos conciliadores—. Debemos mantenernos serenos. Hay mucho trabajo en juego.

Deipo, el rencoroso del grupo que nunca olvidaba la menor ofensa, comentó:

—Hay mucho en juego y puede que lo perdamos, porque no se me escuchó a tiempo. Elkin, como poseedor de todo, era una tentación. A Stew le va a ser muy difícil convencerme de que no ha sacado partido de todo esto...

Stew Thom lo oyó, porque ya estaba entrando en la sala. Con el rostro congestionado por la cólera, avanzó hacia Deipo.

—¿Quieres repetirlo?

El otro no se inmutó.

—Si de la desaparición de Elkin no has sacado partido, es porque algo te ha fallado... Y no me amenes ni siquiera con la mirada, Stew. Mejor es que preguntes a los demás qué piensan de esto.

—¡Lo haré cuando estemos todos reunidos! El miércoles, a las ocho de la noche, en el domicilio de Crain... Él está conforme en que sea en su casa y me ha prometido encargarse de convocar a los otros. Pero de aquí al miércoles, pienso recoger muchas pruebas contra algunos que ahora se sienten fiscales.

Retrocedió unos pasos, para abarcar mejor al grupo, y miró primero a Garochi; luego, a Deipo.

A Botts, el conciliador, lo esquivó.

—¿Pruebas? —inquirió Garochi—. Por lo que a mí respecta, procura que no estén amañadas. Yo pienso presentar algunas

también.

—Y yo —dijo Deipo.

—Así no conseguiremos nada —razonó Botts—. En vez de estar más unidos que nunca, sacamos a relucir nuestras rencillas... Lo lógico es que empezáramos por reconocer que todos hicimos mal en dejar que un hombre solo, Elkin, fuera el depositario de nuestros intereses. Bien es verdad que gracias a Elkin, nos hemos sentido a cubierto... Las entregas de «mercancía» se han estado realizando sin que mediaran más trámites que meras órdenes de palabra. Nunca ha habido necesidad de una firma. Elkin poseía una memoria prodigiosa y en las reuniones daba cuenta de las entregas, sin la ayuda de ningún apunte...

—¡Elkin llevaba unos libros! —observó Stew.

—Bah. Todos los hemos visto. Siempre que uno de la organización deseaba examinarlos, Elkin los traía. ¿Y qué veíamos? Todas las anotaciones respondían a los negocios que Elkin figuraba tener: primero, una tintorería, que iba de mal en peor; luego, una pequeña agencia de transporte, que también «quebró».

Garochi avanzó, para situarse ante Botts. Lo miró fijamente y por fin declaró:

—¡Siempre me confundes, Botts! ¿Cuándo eres tonto en realidad? Desde el principio he sospechado que Elkin nos engañaba con esos estúpidos libros. ¡Estoy seguro de que llevaba otros, donde figura *todo*!

Botts, el más bajo y grueso del grupo, parpadeó unos instantes, como sorprendido.

—¡No es posible!... ¿Alguno de vosotros lo cree?

—¡Yo! —dijo Stew.

—¡Yo también! —se adhirió Deipo.

Botts los miró sonriente.

—¡Vaya! Por una vez os veo de acuerdo —de pronto pareció abrumado—: ¡Si eso fuera cierto...!

—¡Seguro que lo es! —profirió Stew—. ¡Tan seguro como que alguien del grupo ha planeado una jugada por su cuenta... y va a atraer a la policía a esta colonia!

Mirando a los tres, refirió lo que acababa de ver en el «bungalow» que ocupaba Barry Freid.

—Pero, ¿en qué nos puede afectar ese pobre diablo? —replicó Botts—. Ya hace tiempo que Barry Freid era un cadáver.

—Elkin era amigo de Barry —declaró Stew—. Cuando estuvo hospitalizado, Elkin iba casi todos los días a verle.

Todos concentraron la mirada en Stew.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Garochi.

—Desde hace unos días. Por eso recelé de Elkin... Barry Freid ya era un demente y es muy posible que la policía se haya aprovechado. A eso se debe que yo enviara a «Will Naipe» a casa de Elkin, para que...

—... ¿Lo invitara a pescar? —preguntó Deipo, mordaz.

Otra vez el rostro de Stew quedó congestionado por la cólera.

—¿Qué tiene eso de malo? Era un pretexto para sacarlo de la ciudad. Una vez fuera, os hubiera comunicado lo que pasaba, y habríamos convocado una reunión, para decidir sobre Elkin. Ya visteis cómo os previne a tiempo sobre la muchacha que Elkin trajo de Méjico. Puse en peligro a dos de mis muchachos, para que «cortaran» en el caso de que la policía los siguiera. ¿Es jugar limpio?

Garochi y Deipo no contestaron. Botts, dando un cambio a la conversación, preguntó:

—¿De veras había otro muerto, además de Barry Freid?

—Sí. Y no he tenido oportunidad de verlo de cerca... Pero tan pronto lo identifique la policía, lo sabré. Y quizá sea una de las «pruebas» que presente en la próxima reunión.

Otra vez miró a Garochi y a Deipo. Estos contrajeron el rostro.

—¡Me estoy hartando, Stew! —profirió Garochi.

Deipo se limitó a hacer una mueca. Luego, manifestó:

—Aquí sobramos.

—Pienso lo mismo —dijo Garochi—. ¿Te vienes con nosotros, Botts?

—Calma. Podemos cruzarnos con los coches patrulla. Es mejor permanecer aquí. Stew tiene preparada una fiesta para esta tarde, en la que actuarán buenos artistas. Vendrán honorables vecinos. ¿No es cierto, Stew?

—Todavía no he cursado las invitaciones. Los artistas tardarán en llegar. Tenemos tiempo.

—Y una buena excusa para permanecer aquí —completó el conciliador Botts.

* * *

Con la policía local, llegó el inspector federal Weill. Al bajar del coche hizo como que no conocía a Eile ni a Ken.

Pero el jefe de policía local también conocía a los Symington y no disimuló:

—¿Cómo se encontraban ustedes aquí? —preguntó, muy

amable.

—Cosas del trabajo —contestó el padre de Eile.

Y refirió el motivo que su hija y Ken habían tenido para entrevistarse con el novelista muerto.

Mientras dentro del «bungalow» se procedía a examinar los cadáveres, el inspector Weill cogió aparte a Eile y a Ken, haciendo como que oficialmente interrogaba a la pareja.

—¡De buena han escapado! —dijo, mirando a Eile—. Uno de mis confidentes me reveló esta mañana que se preparaba algo contra Barry Freid, por su amistad con Elkin. ¿Cómo tú no caíste en eso, Ken?

—¡Hace dos semanas que estoy sobre ascuas! —contestó Ken, irritado—. Por su enfermedad, por sus amistades, temía no encontrarlo con vida. Pero resulta que tu «subordinada» lo utilizaba para jugar al escondite...

Eile lo miró más sorprendida que indignada.

—¿Mi «subordinada»? —dijo el inspector—. Te equivocas, Ken. Eile se prestó a colaborar... pero en todo momento ha conservado su libertad. ¡Y ojalá ahora decida apartarse! —mirando a la muchacha, agregó—: Se lo digo muy en serio. Las «ratas» se están revolviendo, y pronto se morderán entre sí. Esta mañana he confirmado que se sospecha de usted... Y a partir de este momento, va a ser peor, por su relación con Barry. Hágame caso, y póngase a salvo.

El rostro del inspector no podía expresar mayor sinceridad. Ken lo conocía bien y lo creyó.

—Debiste decirme que ella te ayudaba.

—Al principio no corría ningún peligro. Se limitaba a informarme del comportamiento de determinadas «damas» de la alta sociedad... Lo demás, el dar con los «contactos» que pudieran conducir a los proveedores de droga en gran escala, era labor nuestra.

—¿Y qué habéis conseguido hasta ahora? —preguntó Ken, sardónico—. Ridículas presas...

—... Que pueden conducirnos a las grandes «piezas», Ken, si tú nos ayudas.

Ken miró a Eile, humorístico.

—¿Ves? Ya salió el de los embrollos. Y si en este asunto me liquidan, no creas que perderá el apetito. Se limitará a decir: «Cumplió con su deber de ciudadano».

—A ti no te liquida ni el cólera... Ya he visto tu marca en el tipo que hay tendido ahí dentro.

Y miró a Eile significativamente. Ella le entendió. Le recordaba

cuando Weill le dijo que Ken le guardó mucha consideración cuando se dejó tirar a un macizo.

Esto molestó a la joven, y dijo bruscamente:

—Si aquí no me necesitan, volveré a casa.

—Los dos pueden irse —manifestó Weill—. Luego iré a verles.

Ken quería marcharse cuanto antes. Tenía ansiedad por conocer lo que contenía el carrito de cinta magnetofónica.

—¿Quién va a controlar lo de ahí dentro? —preguntó Ken.

—Yo. Esta patrulla depende de mí. Claro que ahí dentro puede que no encuentre nada de interés. Tú ya habrás hecho el agosto.

—Yo he venido solo por el original que faltaba.

—¿Y lo has encontrado?

—No... Confío en que lo halles tú.

—Ya te lo comunicaré —contestó con sorna Weill—. A pesar de que tú crees que solo voy a lo mío, también me preocupa tu suerte en la editorial.

Ken montó en el coche. Y miró a Eile.

En ese momento, Howard Symington decía a su hija:

—Vámonos.

La gente joven ya se había puesto en marcha. Eile vaciló unos instantes.

—Vine con Ken. Y con él debo regresar. Uno al otro creo que nos hemos dado suerte.

—No veo la suerte por ningún lado —replicó su padre—. Ibais en busca de unas cuartillas y os habéis encontrado con una pandilla de *gangsters*.

Eile, riendo, movió los hombros y se dirigió al coche de Ken.

—Cuando quieras —dijo, al sentarse a su lado.

El inspector los miraba desde la puerta del «bungalow». Y se acercó al coche.

—Se me olvidaba... He averiguado que Stew Thom tiene en camino a un grupo de artistas. ¿Pensáis asistir a su fiesta?

—Nada nos ha dicho —contestó Eile.

—No creo que invite a Eile, sabiendo que yo estoy en la finca —manifestó Ken—. Stew y yo nos tenemos poca simpatía.

Weill hizo un gesto de desagrado.

—Es un contratiempo. Yo confiaba en tu cualidad para captarte a la gente.

—¡Pues no te preocupes! —exclamó Ken, en burla—. ¿Te interesa que yo le haga buena cara a ese tipo? ¡Pues no hay más que hablar!

Arrancó bruscamente, enfilando el estrecho y zigzagueante

camino. El inspector Weill se quedó mirando cómo se alejaba el coche y suspiró:

—Hemos trabajado juntos... ¡Cuña de la misma madera, mal, muy mal!

Cuando dejaron el camino, teniendo detrás el coche de Howard Symington, Ken preguntó:

—¿Por qué te has decidido por mi coche?

—Ya lo dije: porque vinimos juntos.

—Para quien te crea.

—Bueno, pues ya sabes por qué. Aquí va la cartera llena de papeles, la grabadora rota y en uno de tus bolsillos tienes la cinta. El «botín» pertenece a los dos. ¿Es justo?

—Sí. Y nada pienso ocultarte, como no sea por tu bien. Si algo tiene Weill que lo caracteriza es, además de su fanatismo, que no miente cuando dice que alguien corre peligro. Y te ha pedido, más bien te ha suplicado, que te apartes.

—¿Tú vas a ayudarlo?

—Lo haré con una condición. Más bien con dos condiciones...

—O con veinte, por pedir que no quede.

—Hablo en serio: primera condición, que no le digas que he decidido ayudarlo.

—Jurado.

—Segunda, que te apartes.

Eile rompió a reír.

—¡Pero si apenas he hecho nada! Alternar, asistir a fiestas... ¿Ahora he de recluirme?

—No estaría de más que lo hicieras.

—Ya veremos. ¿Algo más?

—Sí. Tan pronto lleguemos a tu casa, destíname una habitación. Y proporcióname una grabadora. He de revisar todo antes de que Weill venga a entrometerse.

—Pero, ¿nada me escamotearás?

—Ya te he dicho que si me callara algo sería por tu bien.

—¡Ni siquiera así! ¡Quiero saberlo todo! ¿Quién crees que soy? ¡Sé cuidarme!

—Bien. Te lo prometo.

Pero Eile no vio que al tiempo que lo decía, cruzaba los dedos sobre el volante.

* * *

En la cinta figuraba el ruido del coche de Ken, cuando llegaba al

«bungalow». Y la advertencia del pistolero: «¡No olvide que le estaré apuntando! No los interrumpa en lo que ellos digan...»

El diálogo convencional que Ken y Barry sostuvieron al principio. El estallido y el sordo ruido que produjo el pistolero, al caer fulminado...

Ken esperaba con ansiedad el momento en que Barry se puso a musitar junto al micrófono: «Por correo recibirás lo que falta...».

La sorpresa de Ken fue cuando oyó: «El original está en el sobre que di a la señorita Symington... Solo faltan... las hojas que envío por correo...».

Lo que oyó a continuación lo deprimió. Le pareció tan absurdo, que pensó que Barry lo dictó en estado semiinconsciente.

«Los *dólares*, valen. Los *centavos*, valen...»

Más adelante, apareció la obsesión para que el nombre de Barry Freid destacara mucho estampado en la cubierta de su póstuma novela.

«Miles de ejemplares en la calle... Miles...»

Lo que más le desconcertaba era que daba el nombre de un célebre notario para que diera fe de que varios miles de ejemplares se habían distribuido a las librerías de todo el país.

Entonces el notario abriría el sobre que Barry aseguraba haber depositado en su notaría.

«Y se comprobará... que los *dólares*, valen, y que los *centavos*, valen...»

Lo que vino a continuación eran señales de la agonía de Barry. El diálogo que Ken y Eile habían sostenido en la puerta, cuando él, pistola en mano, vigilaba el exterior, aparecía como fondo a los estertores del novelista.

Confundido, Ken estuvo un rato viendo cómo la cinta pasaba, sin que se oyera nada. Estaba en blanco.

Manipuló en la grabadora, y la cinta impresa la cortó, dejando la otra en el aparato.

Cuando se disponía a revisar los papeles, llamaron a la puerta. Era Eile.

—El inspector Weill ha llegado. Ha preguntado por nosotros... Yo lo he visto entrar y me he escondido —miró la grabadora y preguntó—: ¿Algo de importancia?

—Aparentemente, Barry estaba desvariando. Habrá que estudiarlo con más calma.

Al entrar la muchacha había cerrado la puerta. Ken la abrió.

—Procura entretener a Weill. Bajaré enseguida.

Ella obedeció, después de dirigir una mirada a los papeles que

había sobre una mesita.

Al quedar solo, Ken procedió deprisa, revisando los papeles por si encontraba alguno interesante, apartarlo para esconderlo junto con la cinta.

Pero nada llamó su atención. Había notas de gastos, descripciones escuetas de paisajes, y de interiores, como esbozos de escenario para futuras creaciones.

Metió los papeles en la cartera y la dejó en el armario ropero. La cinta la llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta.

Bajó a la sala del bar, donde se encontraban Eile, su padre y el inspector federal.

—¿Sabes, Ken? Acertaste cuando dijiste que los pistoleros se llevaban a un herido —la muchacha había salido al encuentro de Ken. Muy bajo, agregó—: Ha vuelto a insinuar que te llevaste algo.

—En el armario ropero está la cartera. La dejo a tu cargo.

Y Ken avanzó hacia Weill y Howard Symington.

La muchacha emprendió la escalera. El policía no la perdía de vista y en sus ojos relucía la burla.

«Ya se me ha pasado la aliada al bando de Ken», comentó para sí.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Ken.

—Encontramos rastros de sangre. Se pierden en el borde de un camino. Han debido coger un coche... Quizá los individuos estén escondidos en algún «bungalow» de la colonia. Pero no disponemos de tanta policía para emprender una batida eficaz. De momento tendrás que conformarte con saber que tocaste a uno de los fugitivos.

Howard Symington estaba frenético.

—¡Pero lo que no entiendo, y lo repito una y mil veces es qué pito tocamos nosotros en ese lío de *gangsters*!

—La casualidad nos llevó a su hija y a mí al «bungalow» en el momento en que se disponían a liquidar a Barry.

—Pero, ¿por qué lo han matado?

El inspector, sonriendo, contestó:

—Si yo lo supiera, tendría tres cuartas partes de la tarea realizadas.

Tras un silencio, Howard Symington comentó:

—Alguna venganza... Barry disfrutaba en remover basura —y dirigiéndose a Ken—: Por mala que sea su última novela, con la publicidad que la Prensa nos va a dar gratis, será un éxito de venta. Habrá que aprovechar estos días en que el nombre de Barry estará caliente.

—Mi propósito es regresar a la ciudad cuanto antes... Quiero que el original esté dispuesto el lunes. Forzaremos la marcha y el libro saldrá a mediados de semana hacia todo el país.

Howard Symington iniciaba un gesto de entusiasmo, cuando se arrepintió.

—Eso no, Ken. Va a parecer que retrasamos la salida de esa novela para explotar la muerte de Barry. Hasta ese extremo, no.

—Tengo la responsabilidad de esa edición. Usted fíjese en el inspector. Él no repara en escrúpulos, cuando tiene que llevar una misión adelante. ¿No es cierto, Weill?

—Así creo que debe ser —contestó el policía—. Pero, ¿podría saber cómo has conseguido ese final?

—Es secreto de cocina, Weill. Quizá Barry lo ha puesto sobre mi mesa. O tal vez me lo ha dictado un pajarito... Tendrás que conformarte con leer la novela cuando salga a la calle.

—Seguro que lo haré, Ken —contestó el federal, en tono enigmático.

Eile apareció en la sala.

—¿Ya ha encerrado el gato? —preguntó Weill.

La muchacha enrojeció. Enseguida miró severamente al policía.

—Era una broma —se apresuró a decir Weill—. Yo regreso a la ciudad. El «bungalow» queda vigilado. Si Stew Thom los invita a la fiesta, hagan lo que mejor les parezca.

—Si nos invita, papá y yo iremos...

—No sé si tendré humor —empezó a decir su padre.

—Bueno, quédate. Ken y yo nos bastamos —dijo, sin consultar a Ken ni siquiera con la mirada.

—Un momento —y Howard Symington puso las manos planas, haciendo como que paraba una embestida—. Si tú y Ken vais... iremos todos. No queremos quedarnos fuera en el reparto de «suerte». ¿Usted la ve, inspector? Han estado a punto de matarla... y tan fresca.

CAPÍTULO VI

A media tarde se organizaron partidas de tenis. El mano a mano de Ken y Eile se reservó para el final.

Mientras llegaba ese momento, los dos, con la raqueta en las manos y la indumentaria adecuada, se sentaron aparte, mirando cómo se desarrollaban las otras partidas.

—He estado en tu habitación más de media hora... He registrado todo, buscando la cinta. Tú ya habías salido con esta ropa. ¿Dónde la has escondido?

—Quizá en el mango de esta raqueta —contestó Ken, sin dejar de mirar a los que estaban jugando—. Si la cinta contiene algo de importancia, se refiere a ti. Barry ha grabado que te confió un sobre.

—Es cierto.

—¿Dónde lo guardas?

—En la caja fuerte de mi despacho. ¿Qué contiene?

—El primitivo original. Solo hay que intercalar un folio o dos, que me envía por correo.

—¿Cuándo lo envió?

—Seguramente, tan pronto leyó en los periódicos que un amigo había sido asesinado. Ese hombre me dio una nota para Barry. Le decía que *no dudara*.

—¿En qué?

—Eso es lo que quiero averiguar. Quizá lo que envía por correo lo explique.

Varios jóvenes se les acercaron. La partida de Eile y Ken estaba siendo motivo de comentarios. Recordaban la derrota que Ken y una muchacha infligieron a Eile y su pareja. Y que por la noche, Ken fue a parar a un macizo, por una llave de judo que le aplicó Eile.

—Os veo decepcionados —dijo Eile—. Teméis que la partida esté amañada. Pero yo os prometo que si puedo, Ken no volverá a medirse conmigo.

Ni siquiera esa tarde iban a jugar. Dos coches procedentes de la finca de Stew Thom llegaron. La noticia de que célebres cantantes iban a actuar en la casa de Stew se esparció enseguida.

Y todos procedieron a cambiarse de ropa y a saltar a los coches.

—¿Quedamos en que vamos? —preguntó Eile, dirigiéndose a Ken, ya camino de la casa.

—Conviene dar un vistazo. Luego quizá esta misma noche regresaré a la ciudad.

—¿Para qué?

—Me darás una autorización para que abra tu caja fuerte. Quiero tenerlo todo listo para cuando llegue el correo del lunes.

Eile, después de permanecer pensativa, manifestó:

—Ya hablaremos de eso. Quizá yo convenza a papá para que regresemos mañana, muy temprano.

—Se notará vuestra ausencia.

—Puedo fingirme indispuesta. Ya veremos... Desde luego, quiero estar presente cuando se abra el sobre.

Y no apartaba la vista de la raqueta que tenía Ken.

Un rato más tarde, ya dispuestos a partir hacia la finca de Stew, la joven se acercó al coche de Ken.

—¡Iré contigo! ¡Tenemos que hablar!

Parecía muy indignada. Apenas salir de la finca, mostró las manos.

—¡Mira! ¡Las tengo desolladas!

—¿Por qué?

—Partiendo el mango de la raqueta. No contenía nada.

Ken se echó a reír.

—Estaba en tu raqueta, no en la mía.

Eile apretó los dientes.

En la lujosa finca de Stew Thom estaba lo más destacado de la colonia.

—El clásico escudo —comentó Ken, después de dar un vistazo a los invitados.

—¿A qué te refieres? —preguntó Eile.

—Como diría Weill, aquí hay «ratas» gordas, escudándose con los personajes serios.

Y miraba a Garochi, a Botts y a Deipo, quienes estaban conversando con financieros.

Stew Thom se les acercó.

—Ya sé que la policía acudió pronto... He estado esperando que vinieran aquí.

—¿Para qué? —contestó Ken—. Usted era uno de tantos que acudieron a averiguar qué nos había ocurrido.

—Celebro que lo entienda así, Ken —iniciando una reverencia dedicada a Eile, agregó—: Espero que se diviertan.

Una hora más tarde, ya habían presenciado la actuación de varios artistas. Eile por momentos se sentía más inquieta.

—Debemos irnos antes de que anochezca —dijo a Ken.

Hacia rato que permanecían separados. Ken conversando con jóvenes muy bonitas.

—Vas a alarmar a tu padre, haciéndole pensar en un asalto.

—¡Es que puede ocurrir! Hay tres hombres, aparte de Stew, que no han dejado de mirarme en toda la tarde. Ya sé quiénes son: «ratas» gordas. ¿Nos vamos juntos?

—Tú en mi coche para seguir dándonos suerte.

—¡De acuerdo! A papá le diré que me siento mal. Instantes después, Howard Symington exclamaba:

—¡Claro! ¡Con el susto de hoy!

Se despidieron rápidamente de Stew y de algunos invitados.

Oscurecía cuando llegaron a la finca. Por momentos, Ken estaba más convencido de que por lo menos Eile peligraba.

—Salir hacia la ciudad esta misma noche, no lo creo acertado. Pueden estar vigilando la casa. Pero sí debemos salir de madrugada —propuso Ken.

—Descuida —contestó Eile—. De madrugada, papá va a dar un salto en la cama, cuando le anuncien que me he puesto peor. Tú dejarás tu coche aquí y viajarás en el nuestro. Uno de nuestros criados se encargará más tarde de llevarlo a tu casa.

Cuando más tarde, Ken se disponía a retirarse, se encontró con el padre de Eile, quien parecía muy preocupado.

—¿Qué ocurre?

—Nunca he visto a mi hija tan nerviosa... ¡Claro que el susto de hoy...!

—¿No se ha tranquilizado?

—¡Qué va! He entrado a verla y cuando yo esperaba hallarla en el lecho, ¿qué dirá que he visto? Estaba sentada en el suelo, con una navaja en la mano, maldiciendo, mientras hacía astillas una raqueta...

Ken apretó las mandíbulas para no soltar la carcajada. Eile estaba destruyendo la segunda raqueta.

—No se preocupe. Eso es bueno. La calmará —dijo Ken.

—No sé. Nunca he visto a mi hija así. ¡Y qué vocabulario! Creo que se zampa todos los relatos de hampones que usted me edita, amigo Ken.

—Que editamos, señor Symington —replicó Ken, sin dejar de reír.

De madrugada, como Eile había anunciado, Howard Symington se llevó el gran susto. Lo despertaron para decirle que su hija se había puesto peor.

—¡En la ciudad se me pasará, papá! ¡Este lugar me tiene

aterrorizada! ¡Llama a Ken!

—¡Está ahí fuera!

Empezaba a amanecer cuando todo estaba dispuesto para la marcha. En el último momento, cuando ya iban a meterse en el coche, Ken dijo:

—¡Perdonen! ¡Me he olvidado de algo!

Echó a correr. Al momento, Eile emprendía también la escalera. Y vio que Ken entraba en la habitación de ella.

Eile se asomó en la puerta en el momento en que Ken cogía algo del tocador.

—¿Qué es? —preguntó Eile, temiendo la respuesta.

—La cinta.

—¡Estaba en mí poder!

—¿Y dónde más segura, «miss Samuray»?

Ya junto al coche, Eile exclamó:

—¡Y yo haciendo astillas!

Lo cogió desprevenido y Ken estuvo a punto de dar la voltereta. Le aplicó una contrallave, y pudo inmovilizarla.

—No olvides que he de conducir —dijo Ken.

Howard Symington miraba el rostro de su hija, el brillo de sus ojos y suspiró: «Está como una cabra».

Durante millas permanecieron callados. La velocidad que llevaba el coche hacía que Howard sintiera el estómago en la garganta.

—¿No podríamos ir más despacio? ¡Nos van a multar!

—¡Ojalá! —contestó Ken, que era el que conducía.

Hasta ese momento, Eile había permanecido hundida en el asiento, las piernas estiradas, los ojos cerrados. De pronto, miró por el espejo retrovisor.

—¡Nos siguen!

—Ya hace rato —contestó Ken.

Howard, que iba en el asiento posterior, dio un salto y miró atrás.

—¡Es verdad!

—Pero no se preocupe. Este coche puede más. Ya lo he comprobado.

Durante millas tuvo al que le seguía a una distancia prudencial.

—Cuando quiera lo perderemos de vista —propuso Ken.

Era un formidable conductor. El coche que les seguía no era que careciera de potencia, sino de buenas malas al volante. Eile se dio cuenta de ello, y pidió:

—¡Acelera!

El coche delantero empezó a establecer una distancia cada vez mayor.

Howard Symington vio que venía una curva bastante cerrada y se puso las manos en el pecho y cerró los ojos.

Cuando los abrió, el coche ya iba por camino recto.

—¡Cuando lleguemos a casa, si es que llegamos, yo seré quien necesitará un médico!

Ni Ken ni Eile le prestaban atención. Los dos miraban el espejo retrovisor. Lejos, donde quedaba la curva, parecía elevarse una columna de humo.

Ken disminuyó la velocidad. Ahora la pista tenía muchas millas en línea recta. Y el coche no aparecía.

A aquellas horas en que el sol empezaba a asomar una inflamada ceja, la carretera estaba solitaria.

—Les dejaré en su casa y yo me iré a la editorial —dijo Ken, cuando avistaron la ciudad.

—Iremos directos a la editorial. Papá comprenderá que hay un trabajo urgente.

* * *

El sobre lo abrió Ken. Tanto Eile como su padre permanecían al otro lado de la mesa, conteniendo la respiración.

—Sí. Son los mismos folios que le devolví a Barry —dijo Ken, después de examinarlos.

—Entonces, ¿para qué demonios los pidió? —preguntó Howard.

—Es posible que recelando su próxima muerte, pretendiera este jaleo para mayor publicidad —dijo Ken.

—¡Siempre la vanidad! —rezongó Howard—. ¡Aun estando al borde de la tumba!

Las oficinas estaban en el mayor silencio. Sobre la mesa se hallaba la cartera repleta de papeles, cogida en el «bungalow».

—Papá, Ken tiene que trabajar. ¿Te llevo a casa?

—¡Sí, vámonos!

Pero Ken leyó en la expresión de la muchacha que tan pronto dejara a su padre regresaría.

—No, Eile. Hoy domingo se nota demasiado quién entra y sale de aquí —dijo Ken—. Si tu curiosidad no va a dejarte tranquila, pídele a tu padre que me tenga como huésped hasta mañana.

—Ken —manifestó Howard—, viniendo he estado pensando que no solamente estaba usted conduciendo nuestro coche con mano maestra, sino que nos está dirigiendo a mi hija y a mí como dos

perros falderillos.

—¡Papá! —protestó Eile.

—¡Aunque escueza la verdad, debe decirse! Y ahora digo: ¿Será pedirle mucho, Ken, que a mí, uno de los pilares de esta compañía, me diga de una vez qué lío es el que se lleva entre manos?

Ken, después de mirar a padre e hija, dando el efecto de que iba a estallar, contestó:

—En su casa hablaremos.

En casa de los Symington fue Eile la primera que habló, revelando los informes que había dado al agente federal sobre los toxicómanos de las altas esferas.

—¡Dios mío! —exclamó Howard, asustado—. Pero, ¿a ti qué te importaba...?

Enseguida se interrumpió, avergonzado. Acababa de recordar que en su editorial se habían impreso muchos libros combatiendo el vicio de las drogas y otras plagas.

—Perdona, hija. Es el temor de que te hayas metido demasiado a fondo.

—Sin ella misma saberlo —manifestó Ken—. No quiero ocultárselo.

Eile le dirigió una dura mirada. Pero Ken prosiguió, refiriendo lo que el inspector Weill había dicho.

—¡Chivato!

—Lo que quieras, «miss Samuray». Pero te voy a inutilizar como «agente secreto».

—¿Por qué la llama «miss Samuray»? —preguntó el padre.

Ken estaba abriendo la cartera. Eile se abalanzó sobre él y lo obligó a dar una voltereta, cayendo sentado sobre una alfombra.

—¡Por esto! —exclamó Eile, con una fiereza que la embellecía.

Ken saltó como un felino cuando la muchacha estaba mirando a su padre. Y fue ella ahora la que cayó a los pies de su progenitor. Llevaba pantalones de hombre y un blusón. Durante unos instantes quedó pataleando con las piernas en alto.

Howard Symington se agarraba la cabeza, sentado en el sillón.

—¡Un médico! ¡Necesito un médico! —y mirando a Ken—: ¡Qué carrera de sustos desde ayer!

* * *

A media tarde, Eile se decidió a llamar en la habitación que ocupaba Ken. El ni siquiera había salido para almorzar. Hizo que le sirvieran en la habitación, pretextando que padre e hija estaban

incomodados.

Eile lo encontró enfrascado en la lectura de papeles cogidos en el «bungalow». Había tomado muchas notas y parecía muy fatigado.

Miró seriamente a Eile y dijo:

—Todo depende de lo que recibamos por correo. Escucha la cinta.

Puso en funcionamiento la grabadora. Eile se sentó al lado de Ken, sin hacer el menor ruido.

La escena del choque y la agonía de Barry la emocionaron. Cuando la grabadora enmudeció, Eile hizo un gesto de desaliento:

—Barry estaba inconsciente.

—Empiezo a creer que no. En todos estos papeles hay muchos números. Y él recalca lo de que valen los *dólares* y los *centavos*.

—Pero, ¿qué puede significar?

Ken se levantó, encendió un cigarrillo y se puso a pasear. Tenía los ojos hinchados.

—He pensado mucho en ello. Creo que lo mejor sería olvidar esto hasta mañana. ¿Tu padre está en condiciones de sostener una conversación intrascendente?

—¿Qué quieres decir?

—Que todos nos olvidemos de que existió un Barry Freid, y que hablemos de «baseball», o de carreras de caballos... ¡Hasta del tiempo!

Eile lo observaba. Se dio cuenta de que se esforzaba por salir del caos, y se levantó, yendo hacia él.

—Podremos hablar... de la revancha que me debes en el tenis. Pero como amigos.

Se puso de puntillas y lo besó en la boca. Luego se echó a reír.

—Papá está deseando que bajes. Después de almorzar, le ha dado por tomarlo a risa.

A partir de ese momento, tanto Eile como su padre se esforzaron por que Ken olvidara el enigma de Barry. Lo consiguieron. Por lo menos, Ken no se mostró en ningún momento ensimismado.

A la hora de retirarse, Eile y Ken quedaron unos momentos solos.

—Algo muy agradable me hará conciliar el sueño... —dijo Ken, mirándola a los labios.

Ella pareció turbarse, y sonriendo, dijo:

—También tengo yo algo agradable en qué pensar. Howard apareció como asustado.

—¡Vaya, menos mal! De pronto, he reparado en que os dejaba

solos.

—¿Y qué? —preguntó la hija.

—Que me choca que no haya ninguno por el suelo.

* * *

Eile estaba presente cuando el sobre que Barry envió por correo fue depositado sobre la mesa escritorio de Ken. Estaban los dos solos en el despacho. Era a primeras horas.

Ninguno de los dos se decidía a abrirlo.

—El pobre Barry ha conseguido el mejor «suspense», sin escribirlo —comentó Ken, procediendo a abrir el sobre.

Había un folio escrito a máquina y una nota manuscrita que decía:

«Hay que intercalar este fragmento a continuación del penúltimo párrafo. El que dice: “La policía se dio cuenta entonces de que el asesino era metódico incluso con sus gastos diarios...”».

Cuando leyeron el folio, encontraron una repetición de lo que contenían muchos papeles hallados en el «bungalow».

—Día tal... Gastos de la mañana... De la tarde... De la noche... —leyó de carrerilla Ken.

Y dejó el papel sobre la mesa para consultar las notas.

—Son las mismas cifras. Valen los *dólares*. Valen los *centavos*.

Se quedó mirando a Eile. Ella movió la cabeza y preguntó:

—¿Nada en claro?

Ken no se atrevió a contestar. De pronto, entró en una gran actividad.

—¡Que se componga enseguida y que entre en máquina! ¡Yo mismo comprobaré que no se equivoca ningún número!

—¿Crees que la clave esté ahí?

—¡Sí! Es lo único nuevo que Barry ha agregado a su primitivo original. ¿Por qué ese afán en detallar tanto que el asesino era tan metódico para sus crímenes como para sus gastos diarios? ¡La clave está ahí! Y en lo que guarda el notario Baker. Hoy mismo me pondré en contacto con él. Presenciará cómo millares de ejemplares salen para la distribución. Prepararé a las principales librerías del país para que me confirmen que la novela póstuma de Barry Freid está en los escaparates. Y entonces el notario quizá nos dé la clave completa.

—¿Avisarás al inspector Weill de cuanto ocurre?

—Lo haré. Pero más tarde.

Al mediodía ya estaba imprimiéndose el último capítulo. En el restaurante de la editorial, Eile y Ken se sentaron a la misma mesa. La camarera Dot los miró con curiosidad, no exenta de despecho.

—¿Has leído los periódicos? —preguntó Eile.

Ken lo miró con gesto divertido.

—¡Si crees que he tenido tiempo...!

La muchacha puso un periódico doblado delante de Ken. Este leyó la noticia de un dramático accidente.

Un coche se había despistado en una curva, y se había incendiado. Los tres ocupantes perecieron carbonizados.

El periódico daba el número de la autopista y el sitio en que se produjo el accidente.

«Lo que más preocupa a la policía es que los ocupantes del coche iban armados con metralleta».

Ken apartó el periódico y dijo:

—Son accidentes normales, cuando se toman las curvas con poca prudencia —y cambiando de tema, anunció—: He hablado con el notario Baker. Esta tarde vendrá para presenciar cómo se embalan los libros.

—¿Te ha confirmado que Barry impuso condiciones cuando depositó el sobre en su notaría?

Ken asintió, con movimientos de cabeza.

—También él opina, como tu padre, que esa condición obedece a vanidad de autor.

CAPÍTULO VII

A escondidas de su hija y de Ken, Howard Symington estableció contacto con el inspector Weill. Cuando lo tuvo en su despacho le puso delante todos los periódicos de la tarde.

—¡Ese coche nos seguía! ¡Provistos de metralleta! Pero, ¿por qué? ¿En qué fandango nos ha metido, inspector?

Cuando Howard se serenó, Weill le dijo:

—El peligro pasará pronto. Pero no le oculto que ahora su hija y Ken se encuentran en el momento más difícil.

—¡Yo quiero saber por qué!

—Porque los suponen poseedores de confidencias de Barry Freid.

—¿Qué demonios han de tener? Resulta que solo han sacado de Barry una factura.

Weill pidió detalles. Después, preguntó:

—¿Puede proporcionarme un ejemplar sin que lo sepa Ken?

—Le será más fácil sacarlo de cualquier librería que de los talleres. Ha montado una guardia. ¿Por qué no se lo pide a Ken?

—Porque lo conozco. Si ve que me interpongo en su trabajo, se pondrá en contra mía. ¿Ya hay en las librerías?

—Por avión se están enviando a otras ciudades. Mañana, creo, habrá en las librerías de Chicago... Pero lo que a mí más me importa es tener la seguridad de que a mi hija...

—Descuide. En este edificio tenemos montada una guardia. También en su casa. Ayer tuvieron de huésped a Ken.

—Y también lo tendremos esta noche. Mi hija y él lo han decidido.

—Perfecto. Así nos ahorraremos a unos cuantos agentes.

Lo de que Ken se quedara en casa de los Symington, lo decidió Eile.

—Trabajarás mejor y más seguro. Y podrás comprobar que cumplo la promesa de permanecer recluida.

Habían decidido que Eile saliera solamente a las horas de trabajo. Con unos ejemplares de la novela metidos en una cartera, Ken salió aquella tarde de las oficinas, junto con Eile y su padre.

Un coche con agentes los siguió. Ken se dio cuenta enseguida, pero no hizo ningún comentario.

—Toda la noche se estará trabajando en los talleres —dijo a

Howard, ya en casa—. A cada hora salen paquetes hacia el aeródromo.

—¡La fiebre de la distribución! —comentó Howard, humorístico—. ¡Vaya broma que nuestro pobre Barry nos ha gastado!

Después de cenar, Eile acompañó a Ken a su habitación. Sobre una mesa había papeles, la grabadora, y un ejemplar de la novela.

—Si consigues descifrarlo, despiértame, Ken.

—Debo conseguirlo. De lo contrario, Weill, o las «ratas» gordas darán con la clave —contestó Ken.

De madrugada, Ken renunció a seguir. Sobre la mesa tenía los pliegos que recogió en el «bungalow».

—Muchas veces desdoblaste estos pliegos, Barry... ¿Para qué?

Iba a levantarse, cuando creyó advertir en el margen de una página como una punzada hecha con un alfiler. La observó bien. Desdobló el pliego, extendiéndolo sobre la mesa, y miró todas las páginas de una misma cara.

Distinguió otras punzadas, muy leves. Pensó que todas correspondían a la misma, que Barry hubiese presionado con un alfiler estando el pliego doblado.

Quiso comprobarlo. Ninguna coincidía. Doblando el pliego, la punzada aparecía en el margen de una página, venían otras sin duda y de pronto aparecían las huellas del alfiler, en márgenes opuestos, a alturas distintas.

Las ideas se le agolpaban. Ken se levantó y encendió un cigarrillo.

—Calma —se dijo, poniéndose a pasear.

Miró a la ventana que daba al jardín. El amanecer no debía estar lejos.

Cuando volvió a la mesa, se puso a anotar el número de cada página donde aparecía alguna punzada. Era uno de los primeros pliegos.

Anotó los números: 19-22-25-29.

Como embriagado, cogió el folio que recibió por correo y buscó esas cifras. Las halló después de otros números. Había desplegado el segundo pliego.

Buscó el primero y lo desdobló. Hizo que la luz de la lámpara cayera sobre el papel impreso y lo miró, inclinando la cabeza. ¡Había también leves punzadas!

Se puso a anotar el número de página en que hubiera huella de alfiler. El resultado fue: 6-10-14-15...

Miró el folio donde el personaje de la novela detallaba los gastos diarios. Vio que los números que había anotado correspondían a las

cifras que representaban dólares.

—¡Y los *centavos* también valen!

Se quedó mirando la página seis. Los *dólares* era el número de página, eso lo veía claro.

En otra cosa reparó: en que la punzada siempre estaba al lado de algún diálogo.

Página seis. Miró el folio en que estaban los gastos del personaje.

—Gastó por la mañana, seis *dólares* y cinco *centavos* —leyó Ken—. También valen los *centavos*. También valen.

Mientras, iba contando las líneas. En la que hacía cinco de la página impresa, leyó: «Será fácil».

Era la respuesta que un personaje daba a otro que le había preguntado: «¿Entablará conversación con esa joven?». «Será fácil».

Ken anotó esto último. Y buscó el «gasto» que el personaje hacía «por la tarde». Diez *dólares* y siete *centavos*.

En la página impresa número diez, línea siete, decía: «Encontrarlo». Respondía a la pregunta que otro personaje le hacía: «Pero, ¿qué le preocupa?». «Encontrarlo».

Ken lo anotó a continuación de lo que escribió primero:

«Será fácil... encontrarlo...

A partir de ese momento, el cansancio, la noción del tiempo, todo quedó olvidado. Solo existía la embriaguez de aquel extraño juego que lo agarrotaba.

Ahora ya no miraba los pliegos que Barry tuvo en su poder, sino el libro completo, cuyas últimas páginas teman la tinta fresca.

—Treinta y ocho *dólares* nueve *centavos*...

De cada página indicada por la cantidad que representaba los dólares sacaba una frase de diálogo indicada por el número de centavos.

Escribiendo lo sorprendió Eile. Apareció envuelta en un delicado salto de cama.

—¡Pero, Ken! ¿Todavía despierto?

Él la miró como desde muy lejos. Y maquinalmente se levantó. Poco a poco iba volviendo a la realidad.

Abrazó fuertemente a la muchacha, sintiendo contra el suyo el cuerpo semidesnudo de Eile.

Se puso a besarla, mientras decía:

—¡Lo hemos conseguido, Eile! ¡Sabemos dónde Elkin guardaba la «mercancía» y los libros!

La muchacha, aturdida por las caricias de Ken, no pareció comprender.

—¡Estás cansado, Ken!

Riendo, él la soltó, fue a la mesa y cogiendo el ejemplar encuadernado, se lo ofreció a Eile.

—¡La burla de Barry a sus enemigos va a ser esta: volverlos locos, buscando una pista entre papeles y gente que se haya relacionado con él o con Elkin! ¡Buscarán cada vez más fríos del punto clave! ¿Nunca has jugado a buscar: «Frío... Más frío... Caliente...?»

Rompió a reír a carcajadas. Por unos instantes, Eile se asustó.

—¡Ken! ¡Vuelve en ti!

Él, poniendo las manos sobre los hombros de Eile, dijo:

—Nada más estoy contento. No me he vuelto loco. Es que se me acaba de ocurrir... que las «ratas» gordas tengan el fuego en las manos, y que no lo noten...

De pronto, se quedó mirando a Eile. Su cuerpo de bronce parecía envuelto en humo.

Ella se turbó.

—Vuelvo enseguida. Tienes que explicarme...

—¡Seguro! Tú tienes que saberlo antes que el federal. Una vez el asunto pase a su conocimiento, se nos irá de las manos.

Lo dijo casi con pena.

—Cualquiera diría que sientes haberlo resuelto.

—Me estaba aficionando...

Eile le vio en los ojos como una nostalgia de los tiempos en que Ken trabajó en el Servicio de Inteligencia. Y temió que diera un cambio a su vida.

Se le acercó, sonriente y le acarició el cabello.

—Estás muy cansado. Pronto odiarás este asunto.

Le rozó los labios y rápidamente desapareció. Al quedar solo, Ken se puso a canturrear:

«¡Valen los dólares!

¡Los centavos, valen!»...

No se dio cuenta de que la puerta se abría y aparecía Howard, desmelenado, con cara de sueño, envuelto en un batín. Ken bailaba.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó, atónito.

Ken lo agarró de los brazos y lo obligó a girar.

—¡Lo conseguimos!

* * *

El inspector Weill tuvo que aceptar el desayuno que le ofrecían,

porque nadie estaba dispuesto a decir nada de interés en tanto no desayunaran.

—Si es verdad que tienes una pista, Ken, estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Descuida. Tú has tenido la novela en tus manos y sigues tan desorientado como al principio, a pesar de que te he dicho que la clave está en las últimas páginas. ¿Las «ratas» van a ser más avispadas?

Terminado el desayuno, Ken le entregó una cuartilla.

«Será fácil... encontrarlo... calle Dieciocho Oeste... librería... señor Heinden...»

El inspector Weill dejó de leer y miró con escepticismo a Ken.

—¿Así, a las claras, está expuesto en el libro?

—Así, pero distribuido en multitud de páginas. Si no quieres perder tiempo, vayamos a la calle Dieciocho Oeste y busquemos una librería cuyo dueño se llame Heinden.

Eile quiso acompañarlos. Pero Ken le rogó que se quedara. Con la ayuda de la guía telefónica localizaron el sector de la calle.

Llegaron cuando la librería acababa de abrir.

—Policía federal —dijo Weill, pasando a la trastienda con el viejo que decía llamarse Heinden—. Queremos las «cosas» que le confió su amigo Elkin.

El viejo, cuando se repuso de la sorpresa, declaró:

—Solo tiene aquí un libro de cuentas.

—¿Dónde está?

El viejo señaló a lo alto de una estantería, en la parte dedicada a almacén.

—Venía de vez en cuando, se metía aquí, hacía unas notas en el libro y volvía a dejarlo en el sitio. Al salir siempre se llevaba alguna novela.

Lo decía mientras subía la escalera para alcanzar el libro de Elkin.

Cuando lo ojearon, encontraron más de lo que esperaban. La emoción dejó mudos al federal y a Ken.

Constaban fechas, nombres y cantidades de tóxicos recibidas o entregadas. Y en todas las entregas a las «ratas», después de la fecha decía: «Por orden de Deipo, entregué a su enlace Snyth, heroína pura por valor de...»

«Por orden de Stew Thom, entregué a “Will Naipe...”»

Las principales drogas y sus derivados aparecían en cantidades

monstruosas. Había páginas donde Elkin se había entretenido en sacar cuentas sobre las ganancias, desde que la droga salió del Medio Oriente o de Asia hasta llegar a la víctima encadenada por el vicio. Las ganancias eran fabulosas.

En la última página del libro había una especie de plano. Se indicaban los distintos sitios donde Elkin guardaba la mercancía. En un coche viejo, que se encontraba en un taller de reparaciones; en un almacén donde se compraba el maderamen de edificios derruidos; en un palomar situado en un suburbio...

A media tarde, el botín era tan grande, que el inspector Weill parecía embriagado. El colmo fue cuando encontraron casi un cuarto de millón de dólares, en billetes de a cien, falsos.

—¡Faltan las «ratas»! —exclamó Weill.

—Y algo más —dijo Ken—. Vamos a la editorial. Ya debe haber telegramas confirmando las librerías que la novela de Barry ha sido expuesta en los escaparates.

—¿Y para qué demonios?

Entonces Ken le habló del notario Baker, nombrado en la cinta magnetofónica. El federal empezó a contraer el rostro.

—¡Te guardabas la mejor carta!

—Quería que se cumpliera la voluntad de Barry. Solo cuando hubiera millares de ejemplares en la calle...

—¡Al cuerno la disposición de un loco!

Pero, sin embargo, Weill no quiso hacer uso de un poder especial para que el notario entregara el sobre antes de que se cumplieran todos los trámites.

Y aquella noche, ya las actas en orden, el notario hizo entrega del sobre. Contenía la clave que Ken ya había descubierto.

Lo principal era el relato que Barry hacía sobre las dudas que asaltaron a él y a Elkin, sobre el criminal «trust». Y nombraba a los capitostes, con el nombre completo e incluso con el alias que usaban en el hampa. Todo esto estaba firmado por Barry y por Elkin.

—Desde hace tiempo debieron planear exponer a la luz pública toda la maraña —dijo Ken—. Barry procuró meter frases en los diálogos, de acuerdo con Elkin, mientras luchaban contra las dudas. Barry esperó a que todos los pliegos, menos el último, quedaran impresos, para saber en qué páginas caían las frases clave. Entonces me pidió el original. En las dos últimas semanas la duda, tanto en Elkin como en Barry, debió ser terrible.

—¿Cómo lo sabes?

Refirió la visita que Elkin le hizo al despacho.

—Entonces me dio un mensaje escrito para Barry... La muerte de una muchacha despejó todas las dudas.

—¡Muy bien, Ken! ¡Muy bien! ¡Yo rompiéndome los cascos por protegeros, y tú escamoteándome los ases!... Ya en Japón ocurría eso. ¡Bien! Ahora yo no debía decirte que ayer cogimos a dos individuo en la colonia. Uno ha confesado que actuó contra vosotros en el «bungalow» por orden de Botts, precisamente el que parece más pacífico.

—¿Ya lo has detenido?

—No. Mañana miércoles, a las ocho, hay una gran reunión en el domicilio de Crain. Si quieres presenciar la redada...

Los ojos de Ken fueron iluminándose.

—¡Quiero algo más, Weill! Escucha...

Oyéndole, el federal torcía el gesto. Cuando Ken terminó, dijo:

—Creo que Barry no tuvo tiempo de pensar en esta última broma.

Weill sonreía, pero seguía vacilando.

—Va a ser peligroso. ¿Por qué tiene que ir ella también?

—Porque no me lo perdonará si la dejo aparte.

* * *

A las ocho y dos minutos, Ken y Eile cruzaron el jardín que rodeaba la casa de Crain, subieron los peldaños que precedían la puerta, y pulsaron el llamador.

El que hacía de mayordomo, abrió. Antes ya había visto que era una pareja. La presencia de una mujer lo despistó.

—¿Qué desean?

—Hablar con el señor Crain —contestó Ken.

—Ahora no podrá recibirles.

—Pues claro que sí. Está esperando esto para sus invitados.

Y mostró un paquete.

—¿Qué es eso?

Ken se lo ofreció.

—Tóquelo. No crea que lleva alguna bomba.

Después de tantearlo, dijo:

—Son libros. Yo mismo los entregaré.

Y con el gesto les indicó que salieran.

Ken miró a Eile, al tiempo que extendía las manos para coger el paquete.

La joven cogió al mayordomo de una muñeca, adelantó una pierna, y el individuo dio la voltereta. De la sobaquera salió una

pistola. Hizo el arma más ruido que el cuerpo del mayordomo.

Ken miró hacia las puertas que había a los lados del largo vestíbulo.

—Encárgate de él.

—Descuida.

Y Eile cogió el arma, esperando a que el individuo despertara.

Ken llegó a una de las puertas en el momento en que esta se abría. El mismo Crain, un individuo de elevada estatura, macizo, había abierto.

—Traigo esto para ustedes... de parte de Barry Freid —dijo, poniéndole ante los ojos el paquete de novelas.

La sorpresa hizo que Crain retrocediera unos pasos. Ken entró, cerrando la puerta con el pie.

Había una larga mesa a la que se hallaban sentados ocho capitostes. Todos miraban hacia la puerta. Sobre la mesa había papeles, ceniceros, y muchos cigarros en las manos, recién encendidos.

Stew Thom fue el primero en reaccionar.

—¿Qué busca aquí?

—Hola, Stew. Pues buscaba a ustedes. Usted sabe lo que me ocurrió en el «bungalow» de Barry. Entonces recibí un encargo de él. Me pidió que a cada uno le diera un ejemplar de su última novela. Me aseguró que a ustedes les interesaba más que a nadie.

Diciéndolo, empezó a deshacer el paquete y a tirar ejemplares sobre la mesa. Las manos cayeron como pajarracos hambrientos sobre un montón de carroña.

Durante unos momentos no se oyó en la sala más que el volver de páginas.

—Barry me dijo que esa novela estaba escrita pensando en todos ustedes... en sus *actividades* —siguió Ken, en tono divertido.

Algunos habían palidecido. Seguían pasando páginas. Se miraron unos a otros, consultándose.

Ken empezó a dedicar unas palabras a cada uno.

—¿Por ahí busca usted? —Eran las primeras páginas—. Muy frío... Usted va mejor... Oh, no, Deipo... Antes iba caliente... Stew Thom va mejor.

Ken rompió a reír, viéndolos atareados.

—¡Tienen el fuego en las manos y no se dan cuenta! ¿Quieren que lea yo?

Cogió un, ejemplar de encima de la mesa. Conocía de memoria las páginas que importaban. Y empezó a leer:

—«Será fácil... encontrarlo»... —pasó varias páginas, para

silenciar la calle donde estaba la librería—. «El libro... detalla las entregas... de “mercancía”... y las órdenes recibidas... de Deipo... de Stew Thom... de Garochi...»

Hacía como que leía en distintas páginas, pero inventaba, resumiendo lo que contenía el libro de Freid. Todos estaban lívidos.

Y algunas manos empezaron a moverse hacia las sobaqueras.

Afuera se oyó un ruido y Ken dio un salto, buscando la puerta, pistola en mano. Sorprendió a varios en el momento en que iban a levantarse.

—¡Quietos! —abrió y salió corriendo.

Halló a dos individuos en el suelo y a Eile forcejeando con un tipo que parecía un gorila.

Ken le asestó un golpe en la nuca, con el canto de la mano, y el individuo se desplomó.

—¡Al suelo! —indicó Ken, obligándola a caer de bruces.

Con su cuerpo procuró ampararla e hizo dos disparos contra dos individuos que bajaban por la escalera. Los dos llevaban metralleta. Desde el piso de arriba acababan de descubrir que el jardín era invadido por la policía.

Los disparos de Ken los obligaron a tambalearse y cayendo, hicieron funcionar las metralletas, rociando el techo y las paredes.

Más individuos se precipitaron por la escalera. Una metralleta había quedado al alcance de Ken. Tendido, se puso a disparar, sin advertir que la puerta del jardín se abría dando paso a una oleada de agentes.

Ken disparaba contra la escalera y contra la puerta donde estaban las «ratas».

—¡Basta, Ken! ¡Vamos a pasar! —gritó Weill.

En tromba se lanzaron en la sala de la reunión. Solamente dos «ratas», Stew y el «pacífico» Botts, se decidieron a disparar. Cayeron acribillados.

Todos los demás levantaron los brazos.

Los subordinados de cada jefe, situados en la planta superior, buscaban la salida por las ventanas. Desde el jardín los batían, cada vez que aparecía una cabeza.

La redada fue completa.

Durante el vendaval de plomo, Ken había ido acercándose a Eile. La muchacha permanecía de bruces, un poco pálida, amparándose la cabeza con las manos, pero sin dejar de mirar.

Cuando Ken estuvo a su lado, le acarició el cabello.

—Anda, que si tu padre nos viera ahora...

Eile miraba hacia la escalera por dónde habían rodado varios

individuos, acribillados.

—¡Ha sido horrible... pero necesitaba ver esto! Ha sido lo que he deseado, cada vez que he descubierto a una persona deshecha por las drogas.

Había relámpagos en el vestíbulo, y luego en la sala donde estaban los cabecillas, alineados, brazos en alto. Eran los reporteros gráficos.

Pero Ken y Eile, echados sobre el suelo, no se daban cuenta y seguían hablando.

* * *

Al día siguiente, a la hora de desayunar, Howard Symington desplegó un periódico.

—¡Por fin! —exclamó al leer los titulares—. ¡Ya han caído en el cepo!

Después de leer las letras grandes, posó la vista en las fotografías.

—¡No! —y desplegó otro periódico—. ¡No!

Cada vez chillaba más. Dejó los periódicos esparcidos y se situó al pie de la escalera.

—¡Eile! ¡Eileee!

La joven apareció en lo alto de la escalera, a medio vestir.

—¿Qué, papá?

—¡Llama a Ken! ¡Pero cúbrete más!

—Ken no ha dormido en casa.

—Ah, ¿no? Anoche, a las siete y media, os retirasteis... «porque estabais agotados». ¡Y me disteis el mico!

—¿Por qué, papá?

—¡Baja!

—Espera que termine de vestirme.

Retrasaba el momento. Cuando no tuvo más remedio que aparecer ante su padre, se encontró con un océano, formado por multitud de periódicos abiertos.

—¡Mira! ¡Es una nueva forma de descansar!

En todas las fotografías aparecían Eile y Ken tendidos de bruces, muy cerca de donde había *gangster* muertos.

—Cuando sacaron estas fotos ya había terminado todo —dijo Eile.

—¿De veras? ¿Y no estuvisteis en medio del potaje? ¿Qué demuestra que estéis tumbados?

—Que es la única manera de que Ken y yo podamos hablar sin

riesgo a dar una voltereta —contestó Eile, riendo.

Howard estaba amarillo.

—¡Hoy lo despido!

—Tendrás que reunir el Consejo. Y te va a ser muy difícil convencerlos de que Ken sobra en la editorial... ¿Imaginas las ediciones que se van a hacer de las novelas de Barry Freid?

De pronto se interrumpió, quedando pensativa.

—Esto sería un sarcasmo, papá, que la casa ganara dinero con un libro que tanta sangre y dolor ha costado. Debías proponer al Consejo que los beneficios vayan a parar a los sanatorios de toxicómanos. ¿No crees?

Howard Symington no contestó. Al ir a subir al coche, para ir con su hija a la editorial, se encontró ante un chófer desconocido.

—¿Quién es usted? —preguntó Howard.

—Agente —y le sonrió a Eile—. ¿Quiere ver la documentación?

—¿Para qué? —y dirigiéndose a su hija—: ¿Es agente?

—De los que anoche estuvieron en el «baile» —contestó la joven.

Howard se sentó al lado del conductor.

—Me explicará por el camino cómo ocurrió.

—Los que más detalles le pueden dar son su hija y Ken. Ellos rompieron el fuego, entrando en la casa solitos.

Howard empezó a elevar las manos, para agarrarse la cabeza.

* * *

En toda la mañana, Ken no apareció por la editorial. Pero a la hora de almorzar, entró en el restaurante de la casa, exactamente en el mismo instante en que lo hacía Eile. Se había citado por teléfono a esa hora.

Todavía faltaban unos minutos para que el personal apareciera.

Al sentarse a la misma mesa, Ken sonrió a la muchacha del mostrador.

—¡Deja a Dot! ¡Y a todas! ¡Mírame solamente a mí!

Se dio cuenta de que lo decía con demasiado calor, y se calló. Ken se limitaba a mirarla, sonriendo.

—Acalorada estás más bonita, «miss Samuray»... No sé cómo te gané al tenis, teniéndote enfrente. Me volviste loco... Y por la noche, de no ponerte tonta, te hubiera pedido en matrimonio...

—Me indignó tu sonrisa de suficiencia. Besaste... para hablar después...

—Como ahora.

Y a la vista de Dot y demás empleadas del restaurante, le besó en

la boca.

Eile le aplicó una llave. Ken ya lo esperaba. Y cayeron los dos. Tendidos de bruces los sorprendieron Howard Symington y algunos personajes del Consejo. Todos miraban estupefactos.

—Estarán hablando, no se preocupen —dijo Howard.

Dot, que fue la empleada que tuvo valor para acercarse a la pareja, fue al lado de Howard y demás consejeros.

—Sí. Están discutiendo la fecha de la boda.

F I N

PLANTAS Y ANIMALES EN CASA

MICHEL DUMO



Defienda la intimidad de su hogar levantando una alegre barrera de pájaros, flores y peces...

Decore su casa con elementos vivos e introduzca en la ciudad los colores y sonoridades de la Naturaleza libre.

No se trata de un consejo gratuito ni de la adopción de una moda pasajera: es una iniciativa que le proporcionará una existencia más equilibrada.

MARABU ZAS

PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

TESOROS OCULTOS



... la mano atrevida que las arranque de su escondrijo de siglos.

Son muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS

Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.



colección

MARABU ZAS





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

OSBORN

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*